REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, ENERO 27 1934 — No. 25





No Sabía si Estaba Muerto

★ por PREMIANI

Después del ELEFANTE el ANIMAL TERRESTRE MÁS GRANDE QUE EXISTE es el HIPOPÓTAMO. PESA de 4 a 5 TONELADAS.

Un DISCÍPULO de PIRRÓN GRABÓ en la TUMBA del CREADOR del ESCEPTICISMO un DIÁLOGO ENTRE ÉL y su MAESTRO. Le PREGUNTABA al MAESTRO SI SE HABÍA MUERTO, y PIRRÓN le RESPONDÍA, como ESCÉPTICO HASTA en la MUERTE, QUE NO LO SABÍA.

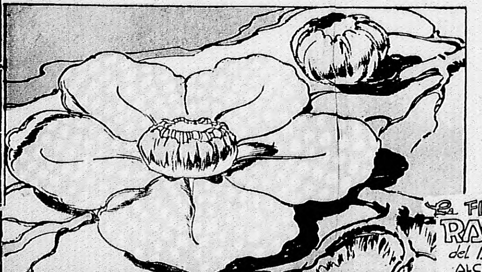
★

El PINTOR RUYSDAEL MURIÓ ARRUMBADO en UNA POSADA. REMBRANDT ESTABA INSCRIPTO en la SOCIEDAD de BENEFICENCIA de AMSTERDAM. El CORREGGIO INÚTILMENTE BUSCÓ QUIEN le PRESTASE UNOS CENTAVOS para COMPRAR MEDICINAS a su ESPOSA AGONIZANTE. SALVATORE ROSA era VAGABUNDO. Los CUADROS de TODOS ESTOS ARTISTAS SE PAGARON y SE PAGAN MILES de PESOS.

Los DAYAKS de BORNEO USAN como MONEDA JARRONES de BARRO COCIDO, por CONSIDERARLOS OBJETOS de MÁXIMO VALOR.

Se HA VENDIDO en un REMATE de NUEVA YORK la COPA de ORO que el EXKAISER de ALEMANIA REGALÓ en 1905 a M. MARSHALL, VENCEDOR en UNA REGATA. Se ANUNCIÓ que el TROFEO VALÍA 25.000 PESOS. El COMPRADOR del REMATE DENUNCIÓ en SEGUIDA QUE ERA una COPA de PLATA DORADA, de un VALOR de 180 PESOS.

★



La FLOR MÁS GRANDE QUE EXISTE es la RAFFLESIA ARNOLDI, del ARCHIPIÉLAGO MALAYO. ALCANZA HASTA 1.50 MTS. de ANCHO.





Un Mensaje del Más Allá

POR VICTOR JUAN GUILLOT

Ilustración de SORAZABAL

CONOCI al Cavaliere Cesare Rinaldi a principios de 1931, viajando en un rápido diurno de Génova a Roma. El tren se había detenido en Chiavari y yo contemplaba desde la ventanilla el promontorio de Portofino, empinado al fondo del azulado golfo, cuando alguien penetró al compartimento de primera, en donde, solo con mi parvo bagaje, prometíame viajar sin molestas promiscuidades hasta la Ciudad Eterna. No sin cierto malhumor arrojé al soslayo una mirada sobre el intruso. Era un caballero alto, cenceño y barbado, cuya cara y figura me dieron la impresión de algo ya visto con anterioridad; más tarde, haciendo memoria, lo identifiqué con una estampa del general Boulanger muy popularizada en París algunos decenios atrás y que algunas horas antes había estado mirando en una revista ilustrada. Mientras yo practicaba disimuladamente un inventario del personaje, éste, moviéndose con discreta desenvoltura, instalábase en el compartimento, ordenando con práctica habilidad sus cosas en la red del asiento frontero al ocupado por mí. De vez en cuando, un obsequioso "prego", pronunciado con atenuada voz de bajo, anticipaba excusas por las hipotéticas molestias que pudiera originarme su no solicitada presencia. Volaba el convoy nuevamente a lo largo de la ribera ligur, cuando el hombre, finalizado ya su proceso de acomodación, quedaba sentado frente por frente, facilitando a mi curiosidad indiscreta un nuevo examen de su persona. Hube de admitir que aquel Boulanger en ropas civiles poseía un aire distinguido que lo habría señalado favorablemente en cualquier parte, por más que su magrura y extremada palidez no dejaban de infundir una impresión indefinible, mixta de extrañeza y repulsión, que, por lo demás, disipábase, como pude comprobarlo en cuanto se frecuentaba su trato.

¿Italiano? — me pregunté dudoso, al examinar la corrección de su empaque y la cerrada expresión de su semblante. Cierto que las disciplinas impuestas por el "duce" al pueblo más expansivo de la tierra han terminado por modificar hasta la proverbial exuberante exterioridad de su tipo; pero con todo, no acepté sin beneficio de inventario mi conclusión previa sobre la supuesta nacionalidad del compañero de viaje. Entre tanto, éste, sin advertir —o aceptándola con resignada filosofía— la pertinaz inquisición de que era víctima, extrajo de su "necessaire" un libro encuadernado en tela roja y se sumergió en las profundidades de una lectura que aumentaba la severidad de los rasgos ya graves de su fisonomía. Beneficiando de mi condición de présbita, pude descifrar, no sin alguna sorpresa, el título estampado en el dorso del volumen: era un tomo de la primera serie de los "Proceedings" de la Society for Psychical Research de Londres.

Por más que ni el uno ni el otro poseyésemos un temperamento demasiado comunicativo, el tedio del trayecto no tardó en provocar esas pequeñas expansiones que vinculan eventualmente a los viajeros y que a veces —muy pocas, desde luego— suelen ser punto de partida de relaciones más hondas y duraderas. Haciendo él a un lado su volumen de investigaciones espiritistas y yo el legajo de impresos que me acompañaba desde Niza, cambiamos algunas observaciones acerca del paisaje, alternándolas con referencias a otros panoramas ya vistos, alusiones que le permitieron establecer mi condición de argentino y disiparon en mí hasta la última duda sobre su italianidad. Había estado en la guerra y aun cuando ostentaba, sin exhibirla demasiado, la medalla al valor, conservaba de ella recuerdos poco halagüeños: —"Brutta cosa, la guerra"— terminó, con un suspiro de cansancio, el breve relato de un episodio en los montes cársicos. Asentí sin esfuerzo.

A lo largo de una plática que languidecía por instantes, pude observar un detalle de su persona que hasta entonces escapara a mi análisis. Me refiero al brillo extraño, verdaderamente anormal, de unos ojos cuyo exacto matiz era difícil precisar, pero que combinaban el gris acero con un glauco azulado en el sombrío reflejo de sus miradas. Debe entenderse que al hablar de ojos brillantes no aludo a esa ardiente expresión tan común en pupilas italianas y españolas ni tampoco a la frescura deliciosa que ilumina los ojos de ciertas adolescentes. Aquí se trataba de un fulgor aproximadamente mineral, algo así como un esmalte externo y desprovisto en absoluto de animación interior, como si el cristalino del ojo clausurase y no abriese las profundidades del espíritu, dando a su fisonomía una extraña y desoladora expresión de ausencia que no alcanzaba a ser corregida por la obsequiosa corrección de los modales.

Hasta entonces la conversación había girado alrededor de los temas habituales entre viajeros. Sólo cuando dejamos atrás Viareggio, rebosante de banales sugestiones de esta ción balnearia, ocurrió un incidente que arrojó alguna luz sobre las veladas intimidades mentales de mi compañero de viaje. Mi atención había sido atraída por una "villa", toda en mármol blanco, cuya vibrante arquitectura estaba temerariamente suspendida al filo de una colina, casi precipitada sobre los taludes de la línea férrea que orillaba la áspera costa marítima. Era aquello un alarde arquitectónico a la vez que una bravata contra la ley de gravedad.

—Realmente fantástico —observó con una sonrisa mi compañero, quien había seguido la dirección de mis miradas. ¿No le recuerda alguna cosa? — agregó con cierta ansiedad.

Hice un gesto, perplejo.

—Es cierto —murmuró él— que no está Vd. familiarizado...

Y después de observarme un instante, prosiguió, rutilantes de brillo sus ojos metálicos:

—¿No ha leído algo sobre la mansión de Mozart en el planeta Júpiter, dibujada por Victorien Sardou en trance de mediunidad? Pues esa "villa" es una maravillosa materialización...

Le debió chocar mi expresión porque se interrumpió, insitiendo al cabo de una pausa, aunque esta vez con el acento un poco negligente de quien no presta demasiada importancia a lo que afirma:

—Después de todo, no hay por qué rechazar la verosimilitud del hecho, secundario si se lo compara con revelaciones más importantes...

Arrojó una mirada sobre el volumen de los "Proceedings" y articuló con extraña gravedad:

—Por mucho que se niegue, la frontera ha sido violada y los misterios del más allá no son impenetrables para quienes han acertado con el camino... ¿No es esa su opinión?

Aun cuando el tipo no parecía ser un fumista, me mortificó la idea de que se estuviera divirtiendo a mi costa.

—Soy agnóstico —repliqué secamente—, apoderándome de una de mis revistas. El hombre me miró con fijeza, reluciéndole los ojos con deshumanizado fulgor.

—¡Qué extraño! — murmuró. Sin embargo lleva Vd. el signo...

Ante mi esquivo mutismo se refugió también en el silencio. Sólo cuando las sombras nocturnas caían sobre la campiña, divisándose a la distancia las elevadas antenas metálicas de Roma, cambiamos nuevamente la palabra, mientras arreglábamos nuestros equipajes. Tan señor como al principio, el compañero parecía haber olvidado sus bizarras divagaciones. Entraba ya el tren en la Essedra cuando nos despedimos, dejando él en mis manos una cartulina que leí antes de entregar mis petates al "facchino":

Cav. Cesare Rinaldi
Torino

Quince días de atareada permanencia en Roma hiciéronme olvidar por completo al Cav. Rinaldi y sus absurdas confidencias. Una noche, sin embargo, comiendo en un "restaurant" de Piazza Colonna con el cónsul argentino, señor Ambrossoni, me pareció reconocer, en una mesa alejada de la nuestra, la inconfundible fisonomía de mi compañero de viaje.

Pero estaba escrito —y esta expresión pierde, en el caso, su categoría de lugar común— que no habrían de quedar interrumpidas mis relaciones con el lector de los anales de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres. El contacto debía ser restablecido.

> UNA conversación nocturna, con un extraño personaje, a bordo de un trasatlántico, tiene una terrible justificación, treinta y cinco días antes.
> Tal es el motivo central de este interesante relato.

Ello aconteció en Florencia, algún tiempo después, en un límpido mediodía, claro y luminoso como un diamante.

Abandonaba yo la Loggia dei Lanzi, donde había estado admirando una vez más el soberbio Perseo de Benvenuto, cuando divisé a mi hombre, detenido ante la Fontana de Nettuno, frente mismo al disco de bronce que señala el sitio en donde ardió la pira de Savonarola.

Esta vez me reconoció de inmediato y se adelantó con la mano tendida, exultante de una cordialidad perfectamente italiana, que contrastaba con la anterior parquedad de sus maneras. Nos ocurrió lo que pasa siempre entre dos personas que se vuelven a ver al cabo de cierto tiempo de haberse conocido incidentalmente en cualquier parte del mundo. El tiempo y el alejamiento operan de tal modo sobre los sentimientos apenas esbozados en el primer contacto, que el reencuentro descubre la existencia de una amistad en donde se había dejado una superficial relación de viaje.

Congratulámonos ambos efusivamente y tomamos por la vía Calzaioli para almorzar en una "trattoria" cuyas excelencias culinarias había tenido ocasión de comprobar. Mi compañero explicó espontáneamente y no sin algún embarazo, los motivos de su presencia en Florencia; motivos que, dicho sea de paso, me resultaron escasamente positivos, hasta el punto de hacerme sospechar una intriga sentimental que trataba de sustraer a mi posible indiscreción. El condumio justificó los elogios y mi acompañante le hizo los honores en forma lo bastante completa para alejar las sospechas de ascetismo que insinuaban sus predilecciones psicológicas y corroboraba su descarnada anatomía. Era un comensal interesante, no exento de cierta jovialidad, acaso más atractiva por menos esperada. En el estado de leticia que sigue a una excelente sobremesa, combinamos un paseo en "vettura" a San Miniato al Monte, desde cuyas alturas me despediría de Florencia, resuelto, como estaba, a dejar esa noche la villa de los Médicis. Mientras rodaba el vehículo, mi compañero disertaba con jocunda locuacidad sobre recuerdos y tradiciones florentinas, demostrándose un "cicerone" infinitamente superior al inevitable Baedecker que dormía en el interior de una de mis valijas. Inútilmente se habría buscado en aquel ameno interlocutor al desconcertante ocultista revelado en las inmediaciones de Viareggio. Sólo guardó silencio cuando, desde el Piazzale Michelángelo, contemplábamos el panorama maravilloso del valle del Arno, desplegado bajo nuestros ojos a través de aquella transparente y dorada atmósfera toscana. A nuestros pies arrastraba perezosamente sus aguas el "fiume" clásico, ciñendo a la ciudad que desgranaba sus torres y campaniles hasta recostarse en el anfiteatro formado a la distancia por las graciosas colinas de Settignano, Vintigliata y Fiésole, sembradas de caseríos que brillaban al sol como puñados de deslumbrantes trozos calizos. De aquella serena belleza parecía ascender hasta nosotros la sugestión gloriosa de una civilización fiera y magnífica.

Bajamos sin pronunciar una palabra para recobrar el vehículo, que se puso nuevamente en marcha hacia la ciudad. No tardé en advertir que mi acompañante ya no era el voluble conversador de la hora precedente. A mi vez, sentíame invadido de una gravedad ansiosa y melancólica, como ocurre siempre cuando uno se desprende de cosas que deja con la certeza de que el alejamiento lleva el sello de lo definitivo.

A poco reanudóse la conversación. No sabría decir si fué el Cav. Cesare o yo mismo quien suscitó el tema. Hablamos de la muerte; y como quien prosigue un asunto recién iniciado, refirióse Rinaldi a mi confesado agnosticismo, expresando sin ambages su desdeñosa convicción acerca de su mezquindad como respuesta a ciertas inquietas intimaciones del espíritu.

—Llega un momento en la vida —observó pensativo— en que cada cual comienza a reflexionar, a pensar de dónde se viene, adónde se va, qué es uno... Y entonces se experimenta la angustiosa necesidad de levantar, aunque sólo sea por un instante, una punta del velo tendido entre nosotros y el misterio. Bienaventurado es el que ha recibido instrucciones para saber...

Me encogí de hombros.

—Entendido, ¿las comunicaciones establecidas con el más allá, las revelaciones recibidas de los muertos? Psh... ¿Qué certidumbres le han dado a Vd., por ejemplo, las triviales confidencias que Mr. William James recibía de Mr. Hogson, según constancias contenidas en esos "Proceedings"? Nadie es escéptico porque desea serlo y no vacilo en declarar que si adquiriese directamente — ¿me entiende?, directamente — una sola prueba incontestable de la supervivencia del alma, de la realidad de algo que subsista más allá de la muerte, entonces...

Me interrumpió con un leve gesto, hablando con aquella expresión de ausencia que ya conocía en él.

—Pruebas... Todos piden pruebas; pero la crítica de la prueba es tan subjetiva que toda experiencia personal resulta insuficiente para los demás.

—Me lo figuraba — observé con cierta zumba.

Indiferente, él continuó: — Sin embargo, yo podría decirle... Pero hay circunstancias que harían peligrosa en este instante una comunicación que Vd. no está preparado, tal vez, para recibir.

Me volví hacia él con sorpresa. Se expresaba, como en anterior ocasión, no a la manera de quien se dirige a otra persona, sino como quien reflexiona en voz alta, extraño al momento y al sitio en que se encuentra.

El coche había cruzado el Ponte alla Carraia y marchaba ya hacia el centro de la ciudad. Después de un instante de callada meditación, Rinaldi me inquirió con extraordinario interés la fecha de mi regreso a Buenos Aires, el puerto de embarque y el vapor en que había retenido pasaje. Puso tanta vivacidad en esas preguntas que me produjo cierto inexplicable malestar. Nos despedimos, con bastante frialdad por mi parte, a la puerta de mi hotel, excusándose Rinaldi de no acompañarme a la estación; pero insinuándome con aire enigmático que habíamos de vernos todavía en una nueva oportunidad.

Una hora más tarde, cuando ya habían sido colocadas mis maletas en el ómnibus del hotel, recibí un paquete acompañado de una tarjeta del Cav. Cesare Rinaldi. Apresuréme a romper la envoltura, encontrándome con un ejemplar de "La Mort", de Maeterlink, en francés, primorosamente encuadernado en cuero de Rusia. Al tomarlo, el libro se abrió entre dos páginas marcadas por un señalador de seda; en una de ellas aparecía subrayado el siguiente párrafo de Sir William Crookes: "No es improbable que existan otros seres provistos de sentidos cuyos órganos no corresponden con los rayos de luz a los cuales son sensibles nuestros ojos; pero que sean capaces de percibir otras vibraciones que nos dejan indiferentes. Tales seres vivirían, en realidad, en un medio que no sería semejante al nuestro"...

★

Después de dejar tras de mí a Venecia casi sumergida por una crecida de la laguna; luego de haber visitado los techos del Duomo de Milán con paraguas, bajo un aguacero torrencial; al cabo de haber entrevisto las bellezas del Lago maggiore tamizada por la gris cortina de la llovizna; y atravesado Suiza cubierta de dos metros de nieve, hasta llegar a Lausana, donde el aire mismo parece saturado de sutilezas diplomáticas de conferencia internacional, arribé a París con la sensación tranquilizadora y gozosa de quien se reintegra al hogar ocasionalmente abandonado. Un mes más tarde, juntamente con otros numerosos viajeros, un trasbordo me conducía hasta el "Cap Arcona", fondeado frente a los malecones de Boulogne-sur-Mer. El Cavaliere Rinaldi y sus fantásticas ocurrencias había pasado al archivo de esos recuerdos que suelen exhumarse cuando se hace mentalmente una excursión retrospectiva por el mundo adormecido de la memoria.

Fué en el salón del "Arcona" donde el vizconde Lazcano Tegui, condenado a consular destierro en el puerto francés, me entregó un paquete lacrado que hacía más de una semana, según me informó, esperábame en las oficinas del consulado. Los sellos eran de Italia.

★

Esa misma noche, solo en mi camarote, deshice sin mayor curiosidad el paquete, encontrándome con dos sobres perfectamente sellados y dirigidos los dos a mi nombre, aunque con distinta letra en la cubierta. En la parte superior de uno de ellos se leía, manuscrita en tinta roja, la siguiente advertencia: "No abrir hasta no haber leído el contenido del otro".

Medio minuto después, y poseído ya de innegable nerviosidad, tenía en mis manos dos grandes hojas de papel, también escritas a mano, con fina y clara caligrafía, en las que leí lo que transcribo, sin comentarios, a continuación:

"Amigo mío:

"No habría llegado a su poder este mensaje de no haber adquirido la certeza de que podré ofrecerle pruebas incontestables de la veracidad de su contenido. En cuanto al porqué de haber sido escogido usted para destinatario de esta confidencia es cosa que, lo mismo que nuestro primer encuentro ha sido determinado en lugar y por voluntades que nadie sería osado a revelar. Bástele saber que esta comunicación cumple un designio acerca de su ser, muy anterior al tiempo en que materialmente vivimos y aun a la existencia de la accidental envoltura bajo cuya apariencia nos hemos conocido, si es que puedo emplear esta palabra tratándose de quienes sólo podían reconocerse, a través de las innumerables configuraciones que han revestido sobre la superficie del planeta.

He sido autorizado a responder a su ansiedad de saber expresada cuando descendíamos de las alturas de San Miniato en aquellas palabras que acudieron a sus labios, asomadas, sin advertirlo Vd. acaso, desde remotas y silenciosas zonas de su espíritu. Quien puede hacerlo, ha consentido ahora lo que entonces estaba vedado. Lea y espere el nuevo albor que iluminará sus ojos.

"Hace cinco años vivía con mi esposa en una villa cercana a los Cascine. Ya en esa época era un investigador del misterio, aun cuando había en mí más de "dilettante" que no de un fervoroso explorador de las sendas que conducen a lo Incognoscido. Sería ocioso hablarle del amor que nos unía y de la felicidad que disfrutaba a la vera de la dilecta compañera. Fué un sueño engañoso del que fuí arrancado porque así debía ser para que la luz no quedara escondida bajo el almud.

"Durante la noche del 14 de febrero de 1926 mi esposa desapareció en condiciones extrañas y dramáticas que alimentaron largamente las crónicas de la prensa florentina de la época. Su cuerpo fué encontrado unos días después en el Arno y la investigación practicada recogió testimonios que hicieron presumir se hubiera arrojado desde el Ponte Sospeso, aun cuando jamás se pudieron descubrir los motivos que la indujeron a realizar ese misterioso paseo nocturno.

"Cuando ocurrió la tragedia yo me encontraba en Ancona. Sería inútil describirle el horror y la desolución que la terrible desgracia precipitó sobre mi vida. No pude soportar la permanencia en Florencia y al poco tiempo me trasladaba a Turín, para vivir en compañía de parientes maternos. Allí, quizás para mitigar los dolorosos recuerdos, o bien ansioso de acercarme al velado reino cuyas fronteras traspasara mi bien amada, me entregué con mayor ahinco a las investigaciones psíquicas, siendo favorecido por asistencias que aclararon muchos arcanos ante mis infatigables instancias. Aproximábase el luctuoso aniversario de la catástrofe cuando recibí el mandato de trasladarme a Florencia y esperar en el Ponte Sospeso lo que la benevolencia de quienes pueden permitirlo había dispuesto que ocurriera para mi ventura.

"Amigo mío: le repito que no le haría esta revelación si no se me hubiese prometido la hora de darle una prueba incontestable de la realidad de lo que le voy a relatar. En la noche designada, estando en el Ponte Sospeso, tuve la dicha inefable de contemplar otra vez los amables encantos de mi bien amada. Bajo la suave luz de las estrellas, ligeramente esfumada en cerúlea neblina, pasó por mi lado, sonriendo dulcemente y haciéndome un tierno saludo con sus finas manos. Repuesto del estupor que me produjo al principio la aparición, quise precipitarme en pos de ella para oír, siquiera una vez más, la música inolvidable de su voz. Pero fuí inmovilizado en el sitio por una superior voluntad que sólo me consintió mirar cómo se alejaba volviendo de vez en cuando la graciosa cabeza, hasta desaparecer en el otro extremo del alto puente.

"Cuatro años seguidos, obedeciendo siempre a indicaciones del más allá, he acudido a la cita y siempre se ha renovado el deleite espiritual de verla y la amargura de no poder comunicarme con ella. Inútiles fueron mis ruegos para obtener que se rasgase el invisible muro que nos mantenía separados; se me respondía que la hora no había llegado, advirtiéndoseme, al mismo tiempo, que mi insistencia me exponía al peligro de alejarla indefinidamente.

"Cuando nos encontramos con Vd. en Florencia, mi presencia en la ciudad respondía una vez más al incógnito mandato; pero en esta ocasión alegraba mi alma una esperanza nueva. Se me había comunicado que mis súplicas eran escuchadas y que la valla interpuesta entre mi amada muerta y yo quedaría rota, aun cuando estaba prohibido explicarme cómo ello habría de ocurrir.

"Debo agregarle que por entonces ya tenía instrucciones acerca de Vd., si bien no tan precisas como las que ahora han sido confiadas a mi ejecución. Le escribo el 13 de febrero y mi espíritu se regocija en la ventura que le espera el día de mañana. Finalmente será reanudado el hilo roto por los insondables designios del destino. Sin incurrir en la osadía de querer descubrir lo que se ha velado ante mis ojos, percibo signos inequívocos de que debo estar apercibido para afrontar la suprema aventura. No la temo y aún la ansío con todas las fuerzas de mi alma. Espero el mañana con la impaciencia del desposado a quien aguarda su prometida.

"Hasta aquí, amigo mío, lo que puede serle revelado; es suficiente como primer apoyo para su mano que avanza a tientas en las tinieblas. Piadosamente, esta revelación será corroborada por una prueba definitiva que le llegará en la debida oportunidad. Sepa esperar y observe cuidadosamente esta recomendación: No abra el pliego que le será entregado juntamente con éste hasta que no reciba autorización para hacerlo. Hasta pronto. Cesare Rinaldi".

Fácil es imaginar la perplejidad que me produjo la extravagante comunicación. Otra vez hubo de preguntarme si me las había con la majadería de un bromista o con la enfermiza insistencia de un psicópata. Fuese lo uno o lo otro, resultábame extraordinariamente mortificante la circunstancia de que hubiese sido elegido como blanco de sus sofisticaciones o su demencial solicitud. A punto estuve de romper los dos pliegos y arrojarlos al agua por el "hublot" del camarote; después me sentí inclinado a abrir el segundo sobre; y por fin, encogiéndome de hombros, guardé los papeles en la cartera de una maleta. En postrera instancia, la aventura no dejaba de ser curiosa y convenía tenerla documentada para un posible relato ulterior. Inútil es añadir que me dejó completamente escéptico la promesa de un nuevo encuentro contenido en la descabellada misiva. A buen seguro que el fumista o neurótico, completamente olvidado ya de mí, paseaba en aquellos momentos por los ferrocarriles de Italia su figura de Boulanger hético, y sus absurdas fantasías de iluminado.

Dos días después el "Cap Arcona dejaba Lisboa, enriquecido su tonelaje de carga y acrecentado su contingente de pasajeros. No comí esa noche en el salón, esquivando el enojoso deber de la ropa de etiqueta, y después de haber despachado en mi camarote un sumario "menú", subí al puente de los botes, dispuesto a saborear el solitario placer de fumar una pipa acodado contra la borda. Una niebla insólita para la estación envolvía el barco en su opaca mesa algodonosa; avanzando a ciegas, lanzábamos al espacio la estridente interpelación de la sirena. En el húmedo "deck" la noche era clara de acá y allá por el fulgor de los focos eléctricos orlados de rojizos halos. Desde abajo ascendía, rota a intervalos por las irrupciones clamorosas de la bocina, la música de la orquesta que ejecutaba briosos bailables. Salvo la soledad, el sitio carecía de atractivos y resolví abandonarlo para ganar el acogedor refugio del jardín de invierno. Al hacerlo advertí que no era el único visitante de la solitaria cubierta. Caminando a paso lento, avanzaba hacia mí una persona, las manos en los bolsillos del gabán y descubierta la cabeza bajo el acuoso relente. Al enfrentar el último fanal, la luz le dió de frente, iluminándole la cara. ¡Era el Cavaliere Cesare Rinaldi! Antes de que me repusiera del asombro que me causó su imprevista aparición, el hombre se aproximó, con una amplia sonrisa que le hacía relucir los blancos dientes en la masa sombría de la barba. Sin tenderme la mano, con la naturalidad de quien nos ha dejado media hora antes, mi antigua relación del "direttissimo" de Génova, me abordó, hablándome con su gruesa voz de bajo:

—Buenas noches. Le había prometido, caro amigo, que nos veríamos una vez más...

Guardó silencio, clavando en mí la mirada de aquellos ojos lucientes como dos trozos de esmalte. Me pareció más pálido, más enjuto, y con los rasgos del semblante descarnados como los de un convaleciente. Apenas pude balbucear algunas palabras, sobrecogido por confuso terror supersticioso: — Verdaderamente es una sorpresa... ¿Subió en Lisboa?...

El hombre me miró otra vez con expresión sardónica e insinuó un gesto fatigado:

—Lo prometido se cumple— murmuró. Pero no dispongo ahora de mucho tiempo. Y alargando hacia mí una enflaquecida mano, agregó en tono tan bajo que parecía penoso susurro: —Puede abrir el otro pliego...

Hizo un ademán de despedida y se deslizó por mi lado, alejándose hacia la proa hasta que su elevada silueta bruna fué borrada, absorbida, por la glutinosa densidad de la niebla.

Permanecí en el sitio, estupefacto y mudo, sintiendo que una profunda sensación de espanto me erizaba la piel. Era absurdo, era estúpido — repetíame mentalmente — pero aquel encuentro tenía algo de sobrenatural que evocaba equívocos horrores en los repliegues más alejados de mi espíritu.

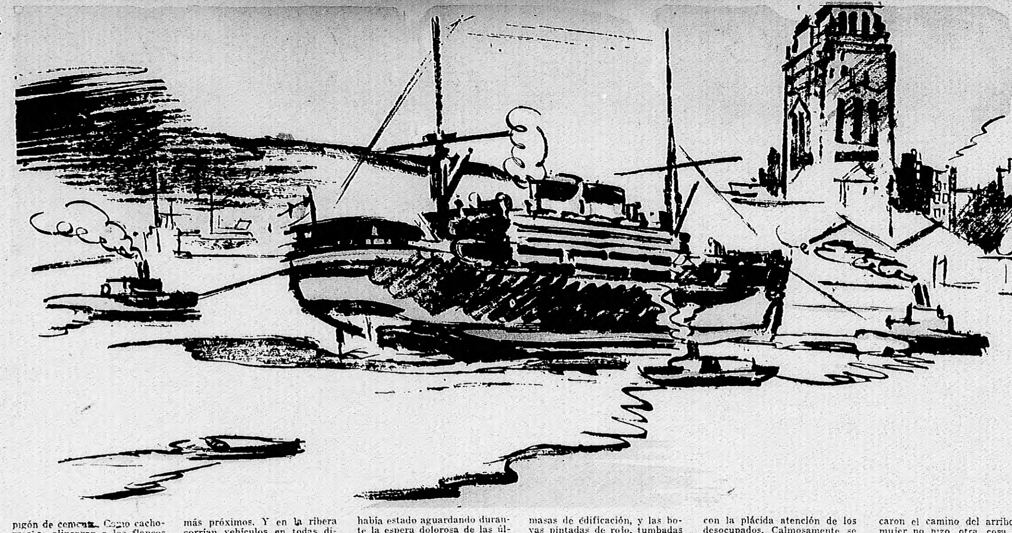
De un brinco estuve en la escalera, me precipité en el ascensor, provocando el sobresalto del adormilado "liftman", salí de él casi corriendo y me lancé por el solitario pasillo hasta mi camarote. En un segundo, temblorosas las manos, abrí la valija, busqué los papeles recibidos en Boulogne y de un manotón rompí el sobre que guardaba el misterioso segundo pliego. Contenía dos papeles. El uno llevaba el membrete de un notario de Florencia; el otro era una gruesa hoja timbrada, cubierta de sellos y rúbricas.

Sin aliento, sintiendo que un sudor frío me empapaba la frente, leí las pocas líneas que me dirigía el notario florentino:

"Señor: Cumpliendo una de las últimas voluntades de mi cliente, el Cav. Cesare Rinaldi, dramáticamente fallecido en la noche del 14 de febrero último, tengo el honor de remitir a Vd. junto con el pliego que va por separado, un testimonio debidamente legalizado de su partida de defunción. Saluda a Vd."

El otro papel era un certificado de fallecimiento de Cesare Rinaldi, fechado, sellado y firmado por un funcionario municipal de Florencia, treinta y cinco días antes de mi conversación nocturna con Rinaldi, sobre la cubierta de botes del Cap Arcona.

El mar siempre cantaba



por **Hugo L. Ricaldoni**

★

ILUSTRACION DE **Parpagnoli**

★

El océano era un inmenso cuenco negro azulado, encerrando el chispear de las estrellas en un resplandor de reflejos azulados.

Contra la barandilla se quebraba una mujer, ahondando la mirada en la noche. A sus espaldas, un hombre fumaba ensimismado, orado por la brasa palpitante de la pipa.

Hacía calor. El trópico estaba en el aire, dando la bienvenida a la carga dolorida del transatlántico. Las máquinas trotaban alegremente, sin cansancio, como buscando su huella lejana.

—¿Qué miras...?, — preguntó el hombre, golpeando la espalda de la mujer.

Esta se hirguió. Era delgada y cetrina, abombada en su eje por la maternidad avanzada. El cabello le temblaba a la brisa, y en la mirada tenía una luz desconcertante.

—Busco el anuncio de tierra

—No ha de demorar en aparecer la costa. Tal vez mañana, con el alba. ¿Tienes prisa por llegar...?

—Desde luego. Hoy me acosaron los dolores...

Se miraron sin hablar. El parecía querer comprender el secreto íntimo de aquella vida. La encerró en una larga mirada, deteniéndose en el vientre que caía hacia las rodillas. Tal vez tuviera treinta años, pero lo mismo sería darle mucho más o algo menos. Era carne de trabajo, agrietada por la escarcha de los amaneceres. Gastada, doblada por la vida, su edad era lo de menos. Viajaba sola, y nadie sabía que alguien la esperara en algún puerto de América.

—¿Deseas llegar a tiempo...?

—Desde luego. Debe nacer allá. Será como su padre...

—¿Su padre...?, — interrogó.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Como su padre... El no podrá verlo nunca, pero se sentiría orgulloso de saber que se lo daré en su suelo.

—Pero tu hombre ha muerto.

—Sí. Una polea lo aplastó contra los muros de su fábrica. Era su destino, el destino de todos nosotros. Tarde o temprano nos llega...!

—¿Y por qué ese interés en que nazca allá, en cambio de aquí o en Barcelona...?

—Así será libre. Nadie le aplastará entre chimeneas. Se ensuciará con barro fresco, pero no con polvo de mineral. Luchará, sufrirá, pero sin odios. Por eso me embarqué, sin que se me llamara. Estaré sola, tendré que vencer algo que no conozco, mi trabajo será difícil... ¡pero mi soledad lo hará más mío y será, sin embargo, algo de él...!

La admiró con sus impasibles ojos pardos, y le apretó las manos.

—No se si te comprendo — dijo —, pero te admiro.

Subía gente desde lo hondo del barco. El acordeón se había callado, y a la distancia cruzaba un navío, festoneado de puntos brillantes. Los emigrantes se apelotonaban para verlo pasar. En la obscuridad, aquel encuentro traía calor de cordialidad, y era un anticipo de la llegada.

Alguien reflexionó en voz alta:

—Aquellos vuelven. Nosotros vamos...

Y un manchego alto y delgado agregó:

—Todos marchamos en busca de lo mismo. ¿Quién estará en lo cierto...? ¿Dónde estará la felicidad...? ¿En lo viejo o en lo nuevo...?

El de la pipa salivó por sobre la borda y exclamó:

—Ninguno. Somos como el asno que hace mover la muela del molino. Giramos, caminamos sin cesar. Pero jamás nos liberamos.

La mujer — que había cruzado los brazos sobre el vientre — lo encaró, reprochándole:

—Haces mal en dudar. Todo me asegura que tendremos una nueva vida. Escucha: ¡el mar está arrullando a mi hijo... óyelo como canta...!

★

Hacía días que bordeaban el continente. Poco a poco se habían ido deslizando hacia el Sur, divisando de tanto en tanto una costa escarpada y erizada de serranías obscuras y de perfiles redondeados. Las playas parecían obleas doradas, y una vegetación chata se elevaba frecuentemente en miradas de palmeras esbeltas.

Conforme progresaban, refrescaba el aire y el cielo se tornaba más claro y transparente. El pasaje se iba reduciendo, fraccionándose en cada bahía que los recibía; perdiéndose entre las lanchas cargadas de cestos; o por los portales de las calles en pendiente.

Una mañana, por fin, vieron dibujarse entre el esmerilado de la bruma a un blanco caserío empinado en algunas torres muy altas, y recostados contra el seno de una suave colina verdosa.

El transatlántico avanzaba lentamente, abriendo dos surcos color jade en el océano que se había transformado en río, amplio y acojedor. En el puente de primera se iban asomando parejas de turistas vestidos de colores claros, atraídos por el nuevo panorama. "Stewards" de chaquetas blancas corrían por los pasillos conduciendo presurosos, grandes fuentes cargadas de tazas y platillos enlozados.

Los pasajeros de proa se habían agrupado sobre el mismo borde de la arista tajante. Algunos apretaban contra el pecho paquetes de papel encerado, o alforjas de tela grisácea. Eran los que quedarían en tierra firme, los que llegaban.

La camaradería de la travesía se había enfriado con la inquietud de la separación Se entendía con frases rápidas, con palabras sueltas, o simplemente con gestos.

Un hindú libraba su epidermis aceitunada a la tibia claridad que comenzaba a rebasar la niebla inmutable y silenciosa. A su lado, una pareja de campesinos aferraba a sus pequeños, rubios y pringosos, con el gesto azorado de un pingüino. Y un muchachón cubierto con un ambo de pana color borra de vino afinaba el extremo de un trozo de madera, con el que debía cerrar un canastón abierto a sus pies.

Los remolcadores fueron brotando de la rada, que se vislumbraba más allá de un largo espigón de cemento. Como cachorros se alinearon a los flancos de la enorme bestia de hierro, silbando con gritos entrecortados y breves, hasta que de uno de ellos saltó al navío el personal de la sanidad marítima.

Un rascacielos tomaba sobre sí la luminosidad del día, estallando en los chispazos de sus centenares de cristales. Las gaviotas rasaban la superficie del río, hamacándose en el aire rayando los edificios de más en más próximos. Y en la ribera corrían vehículos en todas direcciones, mientras hombrecitos minúsculos saltaban sobre las rocas negruzcas y resbaladizas.

Ya lista junto al lugar de la barandilla en donde se colocaría la planchada, la mujer estudiaba la ciudad con sus ojos hinchados y enrojecidos. Parecía un pelele grotesco. Deformada, abotargada, con los labios hendidos y amoratados, comprendía que la maternidad la había estado aguardando durante la espera dolorosa de las últimas jornadas.

Minuto a minuto medía el tiempo que la separaba de los muelles. Contemplaba los guinches eléctricos, zumbando con sus brazos extendidos. Las zorras que se movían en la explanada. Los carros cargados de mercaderías. Los paquetes y los "cargo-boats" fondeados en el antepuerto. Las avenidas que se vislumbraban entre las masas de edificación, y las boyas pintadas de rojo, tumbadas sobre las obras de defensa.

Se empapaba en ese espectáculo desconocido, pero tan largamente esperado, y se decía por lo bajo:

—¡Aquí vendrás...! ¡Esta será tu patria! No hemos viajado en vano... Has sabido esperar. Te lo agradezco...!

Evolucionaron entre el jadear de los remolcadores. Una barrera de curiosos los observaba con la plácida atención de los desocupados. Calmosamente se fueron recostando al murallón de piedras sonrosadas. Las hélices gruñían, despidiendo pequeñas olas aceitosas, coronadas por desperdicios de todas clases. Y terminaron por adherirse a su destino.

Durante las operaciones de atraque; más tarde, cuando disponían todo lo necesario para el descenso y hasta que las líneas rectas de la pasarela marcaron el camino del arribo, la mujer no hizo otra cosa que acariciarse su vientre estremecido, acariciando esa cosa viva que brotaba como una luz de su interior.

Fué la primera que asomó en lo alto del flanco rojo y negro. Estaba desesperada por llegar. Su gozo subía de punto, como una cometa con cola de colores. Sentía ansiedad por afirmarse en aquel suelo de horizontes luminosos. Ya lo tenía allí, casi al alcance de la mano. Y todas aquellas caras desconocidas que se empinaban desde abajo se le ocurrían que conocían y compartían su dicha.

Se lanzó apresuradamente por la planchada. Demasiado apresuradamente. Sus fuerzas estaban limadas por el viaje y por la gravidez. Su peso estaba descentrado, y las rodillas le bailaban.

Lo hizo demasiado a prisa. Tropezó al dar el primer paso. Quiso recobrar el equilibrio, tomándose del pasamano. Pero una pierna se le había deslizado en el vacío y cayó, primero a todo lo largo, luego rodó y se precipitó en el vacío.

Se estrelló como un lío de ropas contra el pavimento, dando vueltas como las aspas de un molino. Alcanzó a lanzar un grito. Después quedó replegada sobre sí misma, con la cabeza oculta bajo el brazo izquierdo. Y no sintió cuando cien brazos se tendieron en su busca, y la zamarrearon, cara al cielo.

Sin embargo, no murió. No era ese su destino. Fué recobrando lentamente el conocimiento, en una pequeña sala de paredes de madera, junto a una ventana con visillos blancos.

Estaba sobre una camilla. Dos o tres caras incomprensibles la observaban de cerca. Sus ropas, los lienzos blancos en que se hallaba tendida, todo, estaba salpicado de rojo. Se respiraba un olor pesado y desagradable, y una sensación insufrible de fuego le subía de las entrañas.

Interrogó con la mirada a los que le rodeaban. Uno, que llevaba una túnica blanca, se aproximó y le puso una mano sobre la cabeza:

—No se mueva. Esté tranquila. Se salvará, si se porta bien... Todo ya ha pasado... Procure descansar, después hablaremos.

Pero ella, instintivamente, se llevó sus dedos crispados por bajo de la cintura. No había nada. Apenas si el grosor de los vendajes envueltos alrededor del cuerpo. Y la impresión de que tras de ellos estaba la carne desgarrada, hecha tiras sangrientas, desflecada violentamente.

Si hubiera tenido fuerzas hubiera lanzado un grito terrible. Una exclamación desesperada en la que se resumiera toda su inmensa tragedia, sus desesperación infinita, el fracaso terminante de su existencia.

Pero sólo pudo llorar, estremeciéndose levemente bajo los trapos tirantes. Llorar como si le reprochara a la muerte el haberla perdonado. Llorar como si recién comprendiera lo que significaba sufrir. Llorar como si en adelante no pudiera hacer otra cosa que lamentarse y padecer.

Tal vez alguien la comprendiera. Pero no es seguro.

¿Quién podría estar al tanto de aquella aventura inquieta bajo tres cielos del océano...! Por eso, aquellas personas se limitaron a encender su cigarrillo, y a alejarse hablando de asuntos que a la mujer no le interesaban ni descifraba, siquiera.

Quedó sola. Era algo así como un reflejo del dolor de Cristo, infiltrado a través de la angustia de la Mater Dolorosa. Abiertos los brazos en cruz. Pálida, demudada. Abandonados los sentidos en una entrega total. Clavada en el embudo tenebroso de su aniquilamiento.

★

Sin embargo, afuera el mar seguía cantando...

¡Cómo si arrullara al hijo que pudo haber llegado...!

Y el sol alto, despejado, era el buen sol de América.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*






EN LA PAZ DEL HOGAR





LA COMPOSICIÓN ESCOLAR (PELICULA BREVE.)














★ LA ODIOSA CARIDAD



por

Margarita Arsamasseva

—TENGO la espalda empapada... ¡Virgen Santísima!... ¿Cuándo me llegará la muerte...? ¡Ay! qué martirio... no puedo más... — se queja la enferma, y con un gemido de dolor se aferra al borde de la cama.

Celia mira con desmayo el piso inundado del cuarto. Los pies de la madre se apoyan pesadamente en medio de un charco; los pobres zapatos deshechos por el uso, llenos de barro, parecen derretirse en el agua. Remolinos de lluvia helada penetran por la banderola; el viento ha arrancado el papel de diario que, a falta de vidrio, protegía la ventanilla.

—Mamita, acuéstese, querida...

Y sosteniéndola entre sus fuertes brazos de joven trabajadora, le alivia el cuerpo angustiado de la ropa oliente a humedad y pegajosa de lluvia. Con manos suaves de ternura fricciona las piernas hinchadas de la enferma, la cubre con frazadas, le envuelve los hombros con una pañoleta de punto que les regaló doña Fernanda, la vendedora de caramelos... La madre hunde el mentón en el muelle tejido, acaricia con sus dedos trémulos los sedosos y flexibles pliegues de la lana y sintiéndose reconfortada y conmovida, murmura:

¡Qué buena es doña Fernanda! La pobre se pasa todo el día parada en la calle vendiendo sus caramelos a los chicos y todavía encuentra tiempo para tejer... ¡Cuántos sacrificios le habrá costado esta pañoleta que me regaló...! Es de clase muy fina; abriga mucho y no pesa nada...

—Pronto se mejorará Vd., mamita; entonces podrá salir al centro y comprar alguna cosita para doña Fernanda y también zapatos para Vd., unos lindos zapatos de gamuza! —dice Celia poniendo la pava sobre el calentador y alcanzando la yerba y el azúcar.

—¡Debemos tomar las cosas por su lado bueno...! Si no la admitieron en el hospital es porque su enfermedad no es tan grave como lo creíamos... ¿Recuerda lo que dijo el practicante que nos acompañó a la salida?: "No consideramos necesario operarla. El tratamiento indicado para su caso es un régimen especial de alimentación y mucho reposo. Guarde cama, evite toda posibilidad de enfriamiento, absténgase de comer carne y salsas condimentadas..." ¡Qué suerte, mamita, por poco lloro de alegría! ¡Seguir un régimen es cosa fácil, nada molesta...! La cuidaré, mamita; haré todo para que se cure lo más pronto posible. Quédese bien quietita en la cama, contenta. Ahora tómese unos mates, eso la ayudará a entrar en calor.

—¡Celia... hijita, es un mal indicio que no quisieran recibirme en el hospital... Al revisarme los médicos habrán visto que ya no hay remedio para mí...! ¡No iban a tomarse el trabajo de operarme inútilmente! Con la operación o sin la operación lo mismo voy a morir... Los médicos nos engañaron para no asustarme con la verdad... —pronuncia con voz ahogada y temblorosa estrechando convulsivamente la mano de su hija.

Esta se estremece de horror. Oprime la cabeza de la madre contra su pecho, le acaricia los cabellos. ¡Oh cómo ansía darle a la madre su propia salud, su propia fuerza! Se siente fuerte, muy fuerte, enardecida su voluntad con la fe que la impulsa. Fuerte con el deseo de su cariño, fuerte con el inconsciente orgullo de la responsabilidad que inspiran sus energías. ¡Cómo no sentirse fuerte cuando la vida de la madre se halla en peligro, cuando ésta sufre y busca la protección de la hija, cuando todo depende únicamente de ella, de Celia, de su valor, de su serena confianza en su propia capacidad...! Y le parece que todo el sentir de su ternura, todo lo vital de sus energías afluye a sus manos, se concentra en la caricia que las anima, se expresa en ese dulcísimo, entrañable, contacto con los cabellos de la madre... Una influencia cálida, poderosa, surgida de lo profundo de su ser y que la unifica con las sensaciones de la madre, la ahonda en la existencia de ésta... Exhalan los cabellos un aroma de tibieza familiar, de humildad, de abnegación silenciosa...

—Mamita, no sufra por mí... tengo fe, no temo nada. Nadie la puede engañar. Los médicos del hospital son personas serias, honorables; siempre dicen la verdad... Su diagnóstico infunde respeto —explica Celia con tal convicción que las pupilas de la enferma se iluminan.

Se arrodilla junto a la cama y seca las lágrimas que humedecen el rostro de la madre. Esta deja escapar un hondo suspiro de alivio; una débil, tímida sonrisa aparece sobre sus labios descoloridos. Sin soltar la mano de la hija reclina la cabeza sobre la almohada y cerrando los ojos se entrega al agradable sopor que, imperceptiblemente, la sume en la inconsciencia.

La madre duerme. Los dedos inertes se entreabren; Celia retira despacio su mano y apartándose de la cama se mueve sin ruido. Su mente está aletargada por el cansancio; se siente insegura, vacilante, presa de desmoralizadora inquietud. De su reciente valor, de su fe en sí misma sólo ha quedado un fondo de sombría incertidumbre. Ha dado a la madre toda la fuerza, ha gastado toda la voluntad de su espíritu en el deseo de tranquilizar a la enferma y ahora no tiene energía ni para orientar sus pensamientos... Sin embargo no permanece ociosa. De un modo maquinal se dedica a poner orden a la habitación. Sube encima de la mesa y tapa la ventanilla con un diario limpio. ¡Cuántos diarios se amontonan en el rincón! Los compra todas las mañanas para enterarse de los avisos... ¡Tantos centavos gastados inútilmente...! Ha recorrido casi todo Buenos Aires en busca de trabajo. En una parte le dicen: "Enséñenos una recomendación por escrito; no tomamos personal sin referencias". En otra: "¿En qué taller ha estado Vd. empleada? ¿Qué garantías puede ofrecernos...?" De dónde quieren que saque ella certificados y comprobantes si nunca ha trabajado en un taller o en casa de negocio. Si para darle una ocupación le imponen condiciones que no puede satisfacer, ¿qué otro remedio le queda que morirse de hambre...?

Antes, ¡qué fácil, qué bien encaminada se le presentaba la vida! Cosía para varias señoras y para la familia de Santos Martín. Clientas serias, consideradas, que pagaban puntualmente al serles entregada la cuenta... La mejor de todas era la señora de Santos Martín: le encargaba de a tres, de a cuatro trajes a la vez. A ella y a sus hijas les gustaba cambiarse a cada rato de vestidos... Con frecuencia Celia tenía que tomarse una muchacha para que le ayudara en la costura... Y nunca recibió una queja, ni tuvo disgustos con sus clientas. Sus desgracias empezaron con el fallecimiento de la señora de Santos Martín. ¡Pobre señora, qué muerte tan injusta, tan prematura! Celia jamás podrá olvidar la impresión que le produjo la aterradora noticia... Por la mañana había ido a entregar aquel vestido de seda riquísima que la señora de Santos Martín pensaba estrenar la misma noche... ¡Qué cara de contento había puesto la señora al probarse su nuevo vestido...! Parecía más joven que sus hijas; tenía una figura elegante, la piel delicada, sin una arruga. Y de repente, al bajar del auto, cayó fulminada: una muerte instantánea. Nadie hubiese sospechado que padecía del corazón. A Celia le temblaban las manos; no cesaba de llorar mientras cosía el luto para las señoritas... Luego la familia se fué a vivir a Rosario. La mala suerte comenzó a perseguir a Celia. Unas clientas se mudaron de barrio y la olvidaron; otras sufrieron reveses de fortuna, debiéndole dinero que nunca le pagaron. Las circunstancias cambiaron de aspecto... Se quedó sin clientela, sin trabajo; gastó sus últimos ahorros para pagar el pasaje de la madre que se había enfermado en el campo y necesitaba regresar a la capital... La semana pasada empeñó la máquina de coser; ahora le quedan sólo siete pesos... ¿Qué hacer? ¿A quién recurrir? ¿Cómo procurarse medios...? Se siente tan sola, tan desilusionada...

¡Cuánta agua ha entrado en la pieza! Y sigue lloviendo; una llovizna fina, helada, que entra por las rendijas, le salpica a Celia los cabellos, le enfría la frente... Entreabre la puerta para retorcer el trapo con que está secando el piso y cegada por el viento se detiene en el umbral presa de un súbito desfallecimiento. Deja colgar los brazos como desistiendo de luchar contra la desesperación que la agobia.

—¡Negro! ¡Negrito...! ¿Dónde te has metido, demonio de chico...? ¿Me vas a hacer caso...? ¡Negro! ¡Negrito...!

Se oye la voz de doña Ramona, la lavandera, que llama a su hijo. Y el sonido de esta voz chillona y familiar produce a Celia el efecto de una brusca sacudida. Una reacción instantánea se opera en el ánimo de la joven. Como despertando a la realidad mira al fondo del patio en cuya turbia lejanía se agita la silueta de un muchacho. Su corazón se estremece de esperanza; la voluntad de vivir afluye nuevamente a su conciencia. Indiferente ya al frío cortante del aire, se mantiene inmóvil, fijos los ojos en la figura del Negrito; el pensamiento concentrado en una tentadora visión...

—"No se negará a ayudarme..." —reflexiona ya invadida por el deseo de acción— "Le pagaré el favor cosiéndole y zurciéndole toda la ropa que quiera con tal de que me permita acompañarle a la casa de la señora... Una vez allí tendré la oportunidad de hablar con ésta, de exponerle la verdad de mi situación..."

La mañana siguiente se despierta con una sensación de gran claridad. El patio está crujiente de escarcha; todo relumbra; el cielo es de un azul tan vivo que hiere la vista. Las facciones de la madre se han afinado, la nariz se ha vuelto descolorida, puntiaguda, parece de cera... Un mudo terror le dilata las pupilas.

—Si pudiera revisarme un buen doctor que no fuera médico del hospital... Un especialista que atiende a la gente rica en su consultorio privado... le cobraría confianza, tendría seguridad... ¡Qué alivio sentiría! —murmura la madre articulando trabajosamente las palabras.

Celia, que se da prisa por colocar un cuellito limpio sobre su único y ya bastante deteriorado vestido de calle, experimenta tal angustiosa opresión en el pecho que la aguja se le desliza de entre los dedos y las lágrimas le nublan los ojos.

—Tenemos que apurarnos para llegar antes de que salga la señora —viene a avisar doña Ramona, que sostiene cuidadosamente un gran cesto lleno de ropa planchada y recubierto con una tela de bramante luciente de blancura.

Por suerte el tranvía pasa por la misma esquina. Celia insiste en pagar los boletos.

—Todavía dispongo de siete pesos... —declara sonriendo.

La proximidad de doña Ramona, el hábito reconfortante que emana su voluminosa y sólida persona, la bonachona expresión de sus ojillos grises que examinan con solicitud a Celia, contribuyen a inspirar a ésta una sensación de seguridad unida a un físico bienestar. Envuelta en esta atmósfera de amparo casi maternal, Celia olvida sus inquietudes y apoyando disimuladamente su frágil figura contra el macizo hombro de su acompañante se deja arrullar por la locuacidad de la afectuosa mujer. Esta no depara un instante de tregua en su afán de informar a la joven:

—Así es hijita... El lujo que ellos se gastan en vivir alcanzaría para mantener a toda la gente pobre de Buenos Aires. Nunca he entrado en las habitaciones de los patrones pero me figuro lo que será aquello, si hasta en los pasillos de servicio y en los cuartos de las mucamas hay alfombras! ¡Y no vayas a pensar que son alfombras cualquiera, de esas que se compran en las tiendas! ¡No faltaba más!... Dicen que la señora padece de neuralgias en la cabeza y cuando sufre de los dolores la incomoda el menor ruido... Por eso hizo traer del extranjero unas alfombras especiales, hechas a propósito. Son de la más fina calidad, de pelo alto y tupido, suaves como la seda... ¡Ya verás qué batería de cocina! ¡Qué fuentes para el horno!, de pura porcelana inglesa...; las cacerolas no son de aluminio común, sino de un metal pesado y brillante que parece plata... Tienen una heladera eléctrica tan alta como la pared y toda clase de aparatos modernos para facilitar el servicio... Cada uno de los patrones sale en su auto particular; el coche de más precio es el de la señora, luego el auto para el uso del patrón, y otro, todo pintado de gris pálido, pertenece al joven hijo de los dueños... La señora es de linda presencia, alta, gruesa, de labios muy pintados... le gusta salir a pasear y divertirse en las fiestas. Entre las personas de servicio se discute mucho su conducta; parece que no le desagrada la compañía de hombres más jóvenes que ella... más de uno le envía flores y le habla por teléfono. La mucama Julieta está enterada de todos los asuntos de la señora, es ella que recibe a las visitas de confianza y se encarga de contestar las llamadas telefónicas... Te lo cuento sólo para prevenirte, hijita... nunca hagas caso de lo que te vendrán diciendo los mucamos o el cocinero... no nos conviene mezclarnos en cuestiones que no nos importan. ¿Qué sacamos en limpio averiguando los secretos de la gente rica que nos ayuda a vivir? Sólo contrariedades y miserias. ¡Si la señora llegase a desconfiar de nosotros, nos echaría a la calle. Lo único que ganaríamos sería perder lo poco que nos pagan por nuestro trabajo! Mientras que conformando a la señora y cayéndole en gracia, nos aseguramos una entrada fija todos los meses... Ella es presidenta de la sociedad de beneficencia de las Damas de la Piadosa Fe. A veces se le da por atender personalmente a la gente que viene a pedir ayuda. ¡Ojalá tuviéramos la suerte de encontrarla bien dispuesta! Háblale, hijita, sin miedo, y no te olvides de saludarla con el respeto debido...

En su cariñosa sencillez tutea a Celia, lo que enternece y reanima el corazón dolorido de la muchacha que ha soportado tanta frialdad, tanto desprecio en los últimos meses...

—Cuando tuve la desgracia de quedarme sola en el mundo con mis cuatro criaturas que lloraban de hambre, escuché los consejos de una buena mujer, una vecina que ocupaba entonces el cuarto en que vives vos ahora, y me fuí a ver a la presidenta de las Damas de la Piadosa Fe — prosigue diciendo doña Ramona —. Comencé por recibir socorro de la Sociedad. Me pasaban treinta pesos por mes; luego, la señora de Pagués Meléngues, así se llama la presidenta, me hizo venir un día a su casa y me encargó que le lavara y le planchara la ropa de cocina y la de su personal de servicio. Me quedé tan agradecida, que las lágrimas me caían de los ojos. . Todas las semanas cobro mis dieciocho o veinte pesos y con ese dinero comemos los cinco y nos pagamos el techo...; la ropita para mis chicos la consigo por otro lado..

Un alma buena, caritativa.. — comenta la joven, clavando la mirada en la imponente fachada del palacete en que vive la señora de Pagués Meléngues.

Al pasar frente al portero, Celia se siente ruborizar. El hombre la mira con aprobación, con mal disimulada simpatía. ¡Qué contraste presentan las dos mujeres! Una, de cuerpo flexible, armonioso, elegante a pesar de la pobreza de su marchito traje azul, la otra es la gorda doña Ramona, que camina como una ánade exhibiendo al andar todas las protuberancias de su madura corpulencia.



—"¡Linda chica! No parece ser parienta de la lavandera..;" — medita el portero, viéndolas penetrar en la casa por la entrada de servicio.

Luminosos cristales, puertas que se abren sin ruido, alfombras de delicado matiz grisáceo, amplias, costosas dimensiones, por todas partes detalles modernísimos de refinado confort. Una impresión de lujo, de atmósfera impregnada de sutiles fragancias que exhala el ambiente de la humanidad privilegiada. Maravillada y como entregada a la influencia de las cosas que la rodean, Celia experimenta una especie de vértigo, de deliciosa exaltación... Le parece que ha penetrado en una región de ensueño, en un mundo de fantásticas, ilimitadas perspectivas... todo se hace posible en esta casa ¡no hay deseo que pudiera no realizarse en tales condiciones!... Un apagado ruído de pasos la extrae de su asombro. Se da cuenta que la han dejado sola en el hall. Recuerda que doña Ramona le había hecho señas para que esperara, diciéndole en voz baja: "No te muevas de aquí..., iré a ver si consigo hablar con la señora..." Y ahora, lo que le había aparecido inaccesible, como una dicha fuera de su alcance, se cumple de una manera desconcertante, del modo más sencillo del mundo!...

Esa soberbia figura que avanza hacia ella arrastrando por las alfombras el esplendor de sus sedas blancas, no puede ser otra que la señora de Pagués Meléngues! Se aproxima pausadamente y sujetando con ademán maquinal los pliegues de su magnífico peinador examina en silencio a Celia.

Apelando a todas sus energías y palideciendo de timidez, Celia balbucea:

—Señora... perdóneme que la incomode, señora... Me encuentro en situación desesperante..., soy modista de oficio, pero no puedo conseguir trabajo... Mamá está enferma de gravedad, no tenemos dinero para pagar un médico... Vengo a implorarla para que me proporcione...

—Les mandaré el médico... — dice distraídamente la señora de Pagués Meléngues, interrumpiendo a la joven. Y fijando en la muchacha una mirada expectante, plena de hostil curiosidad, interroga con cierta impaciencia en la voz: "¿Qué hace usted para conservarse tan delgada? ¡Tiene una silueta perfecta! Nada de grasa, puro músculo...; noto que no usa usted faja ni "soutien"... ¡Es realmente increíble...!"

Celia queda tan sorprendida por lo inesperado de la pregunta, que se pone colorada de confusión. Involuntariamente lanza una mirada al amplio espejo que forma parte de la pared del hall. Se vé como estirada y enflaquecida de repente al lado de la voluminosa figura de la señora que se dilata en la exuberancia de sus fulgentes sedas blancas. Contempla atónita sus propios ojos. Estos la miran grandes, luminosos en su semblante que se le aparece desconocido en su aspecto de inusitada pureza. Nota que su mentón se encuentra a la altura de la empolvada nariz de la señora. ¡Y, cosa extraña!, la sensación de su insignificancia personal frente a la distinguida dama, se debilita de súbito y cesa de oprimirla.

La señora, imitando el gesto inconsciente de la joven, vuelve a su vez la cabeza y se contempla al espejo. Los dos pliegues de gordura que le abultan la barbilla uniéndola con el nacimiento del cuello, se agitan de un modo flácido y enrojecen. Sus pupilas se clavan en el reflejo de la muchacha y adquieren una desagradable fijeza. Algo duro, implacable, asoma fugazmente a su mirar. Pero en seguida el semblante de la señora de Pagués Meléngues recobra su expresión de altivez. Con indiferencia aparta sus ojos del espejo, diciendo a Celia:

—Mi secretaria se encargará de apuntar el nombre de usted y el objeto de su pedido.. Le prometo interesarme por su situación...

Magnánima esboza una leve sonrisa de despedida y se aleja con una amplia ondulación de sedas y de carnes. El delicioso aroma de perfumes que se esparce por el hall infiltra con indecible tristeza el ánimo de Celia.

Al salir de la casa, camina en silencio, sin reparar en la sonrisa de satisfacción que ilumina la cara de doña Ramona. Los pensamientos de ésta irradian optimismo: ha cobrado hoy veintitrés pesos con sesenta centavos, y además la ama de llaves le regaló unas piezas de ropa usada. ¡Qué suerte la suya! ¡Tres pesos con sesenta centavos más de lo que pensaba cobrar, y tela fuerte, casi nueva para vestir a sus chicos!.. Ahora no tiene ya por qué preocuparse; con el género de la ropa que le dieron podrá hacerles delantales para el colegio... Quisiera compartir su felicidad con Celia, comentar libremente los buenos acontecimientos de esta mañana, ver a la joven animada, contenta... Pero, como la muchacha se mantiene callada y pensativa, contestando apenas a las preguntas, doña Ramona desiste de importunarla con su curiosidad y observando entre decepcionada y conmovida el empalidecido y delicado semblante de su compañera, reflexiona llena de conmiseración.

—"No es de extrañarse de que sea tan reservada la pobre chica. Lo que la habrá hecho padecer la gente sin entraña. Cuántos hay que pretenden atraer con promesas y con halagos para aprovecharse luego de la buena fe de una jovencita sin protección... Quien ha conocido muchos desengaños y ha sufrido hambre, adquiere ya la costumbre de desconfiar de las conversaciones... Calla y se guarda para sí sus penas y también las alegrías... ¡Las noches que habrá pasado en vela atendiendo a la madre enferma! ¡Virgen Santísima! ¿No es un pecado que haya soportado tanta miseria?... ¡Una muchacha como ella, seria, trabajadora!... Se ve que no tiene mucha salud..., la emoción y el cansancio la habrán dejado sin ánimo para hablar..."

Notando que Celia, con manos temblorosas se reajusta maquinalmente el vestido sobre el pecho, doña Ramona se quita su echarpe de imitación astrakán, un lindo echarpe que se compró desde que trabaja para la señora de Pagués Meléngues, y sin decir nada, abriga con éste los frágiles hombros de la joven.

—No sé lo qué haría sin Ud., doña Ramona... — murmura Celia, como despertando de su ensimismamiento y apretando con impulso de gratitud las manos cariñosas que la protejen del frío.

—Te he dicho ya, hijita, que la señora de Pagués Meléngues es muy buena, se apiada con nuestras penas... ¿Ves cómo me ayuda a mí? ¿Y yo quién soy?, una pobre vieja ignorante... Mientras que vos eres joven, fina en tu modo de conformar a las personas distinguidas. Mereces más interés que yo... La señora sabe apreciar debidamente las condiciones de cada uno... te habrá cobrado simpatía. Te mandará el médico para que sane a tu mamá, te encontrará trabajo... Todas las cosas se arreglarán lo mejor del mundo! Podrás ganarte fácilmente la vida. En cuanto a los atrevidos, a los sinvergüenzas que han querido ofenderte cuando ibas a pedir trabajo, olvídales. Ríete de su maldad, no los hagas caso.

Le replica enfáticamente la buena mujer, complacida con la reacción que se ha producido en la actitud de la joven.

Con terrible nitidez surge en Celia el recuerdo de la mirada de la señora de Pagués Meléngues, reflejada en el espejo...

Sin abandonar la mano de doña Ramona y arrimándose a ésta, como si buscara el calor de su intuitiva comprensión, le dice con acento resuelto:

—Quedo muy agradecida a la señora por su generosa promesa... Pero nada me impide de buscar también trabajo en otra parte. Tengo el presentimiento de que mi mala suerte se ha cortado... Iré a ver a todas mis antiguas clientas, les ofreceré precios especiales, les pediré que me den recomendaciones por escrito... Ya no temo fracasar. Mi voluntad ha vuelto, siento como una fuerza nueva en el alma.

ILUSTRACION DE Pascual Güida

El Perro

POR

Enriqueta Felce

Ilustración de Sorazabal

★



LLOVIA. El muchacho completamente mojado retornando del taller, al acercarse a la cama de la enferma le dirigió el saludo de costumbre:

—Madre, cómo se siente Ud. hoy? tiene buen semblante... está mejor?

Y aquella tarde mientras besaba la arrugada frente maternal mostró a la enferma un blanco perrito que traía oculto bajo su saco, junto a su pecho, guareciéndolo del crudo frío invernal y de la lluvia.

La mujer dirigió una mirada indiferente al perrito y con visible esfuerzo respondió al muchacho:

—Si, hijo mío... estoy mejor... hoy no he tosido tanto, no tengo fiebre.

El joven callaba entristecido. Comprendía la constante mentira de todos los días ¡estaba mejor! ¡no había tosido! y por la noche, toda la noche oía desde su cuarto la tos angustiosa, despiadada, implacable que desgarraba su pecho.

Y se ensimismaba en su doloroso divagar. ¡Pobre madre! Si no hubiera trabajado tanto! ¡Si su padre viviera aún! Si no hubiese tenido necesidad del mísero jornal del taller, donde aquel trabajo bestial, precipitado, desmedido, mecaniza al ser humano; donde se agotan,, se extenúan y se destruyen al fin los débiles organismos.

¡Apurarse! ¡Más ligero! ¡Hacer más! es el flagelo que fustiga la pobre carne de fábrica.

Y evocaba la figura maternal cuando por las tardes al regreso del trabajo, su hermanita menor brincaba de gozo por los desteñidos canteros del jardín y corría a abrazar y besar a su madre. ¡La alegría que experimentaba! La pobre mujer parecía olvidar su cansancio, sus pesares junto a aquella hermosa niña.

La veía complacida tomar entre sus manos escuálidas, incoloras, apergaminadas, aquella regordeta manecita blanca, suave y brillante! Y el contraste que ofrecía su aspecto, su extremada delgadez, su rostro desteñido y anguloso y el de aquella chiquilina sana, fresca y hermosa como una flor.

A veces una lágrima turbia se deslizaba por las rugosas mejillas maternales.

¿Presentía? ¿Sentía cercano su fin? ¿Pensaba en qué sería de la niña cuando ella no estuviera? Y en un gesto, en una manía que parece instintiva en muchos enfermos incurables se miraba largamente sus manos, pareciendo querer constatar el avance del mal examinando las descarnadas y exangües falanges recubiertas por amarillenta piel, en que parecían suspenderse como lívidos y flotantes hilos, la red de sus venas.

Si: la madre observaba que a sus manos se estampaban paulatinamente los signos macabros de la muerte!

Una racha de viento helado que invadió la estancia hizo volver la cabeza del joven hacia la puerta. Había entrado su hermanita.

—Vamos Luis, vamos a comer, ya tendí la mesa — dijo la pequeña trayendo una taza de caldo a la enferma a quien ayudó a sostener en sus manos para beberlo.

—Oh!... qué es eso, un perrito! — preguntó viendo la diminuta mancha blanca que se movía en el piso. El rostro se le iluminó de alegría.

—¡Qué lindo es! se va a quedar con nosotros — continuaba la niña.

El pequeño can, sumisamente, se dejó estrechar en los infantiles brazos. Temblaba, le castañeteaban los dientes.

—¡Pobrecito, qué frío tiene! — dijo.

—Si, estaba helado — le explicó su hermano — lo encontré en la calle abandonado, me siguió varias cuadras, sentí lástima... si no lo recogía quizá se muere esta noche.

—Pues ahora se quedará aquí — interrumpió la niña gozosa — ahora será nuestro, será mío... jugaré con él!

Y agregó dirigiéndose a su madre:

—¿Verdad mamita que Ud. también va a quererlo?

La enferma por toda respuesta asentía moviendo la cabeza.

Los dos hermanos se sentaron a la mesa, en la pequeña cocina. La comida fué silenciosa. El muchacho no hablaba, parecía abstraído en un pensamiento fijo. Sólo la pequeña de vez en cuando palmoteaba al perro y le daba trozos de comida que engullía con avidez.

Cuando hubo terminado aquella constante y frugal comida, la niña se acostó en su blanca camita, junto al lecho de su madre.

Al poco rato, el hermano que en vano trataba de dormirse, fué sorprendido por un grito desesperado de su hermanita. Corrió a su lado y la pequeña entre sollozos le dijo:

—¡Oh... Luis has oído! el perro que trajistes está llorando... parece una maldición! Nuestra madre está enferma ... y no es bueno que aquí cerca de ella aullen los perros!

—No es nada — dijo el muchacho — debe llorar de frío, lo llevaré a mi cuarto.

—Yo no lo quiero — interrumpió la niña llorando con desesperación — ¿no sabés que traen mal agüero... que traen desgracia cuando aullan los perros?

—Vamos hermanita, no creas en esas supersticiones tontas — contestó el hermano.

—¡No, no! — dijo la chica cada vez más colérica — échalo fuera de aquí, no lo quiero, ¡no lo quiero en esta casa!

El joven trató de calmarla y le rogó que se acostara.

La madre con voz jadeante y entrecortada dejó oír estas palabras:

—Vayan a dormir hijos míos ... apaguen las luces... hasta mañana!

La chica estaba triste, no podía conciliar el sueño; a veces llegaba a sus oídos traído por el viento el gemido del perro que permanecía encerrado en la cocina. El muchacho ya se había acostumbrado a las largas vigilias en las frías noches invernales en que, como aquella, un triste presentimiento mantenía su ojo avizor.

Todo era miseria en su alma, en su hogar y en la naturaleza.

Afuera el cierzo helado azotaba furioso la puerta y la ventana de su cuarto, la lluvia por momentos arreciaba amenazando desplomar sobre su cabeza el techo sostenido por vigas podridas; y cuando por instantes se hacía la calma y la lluvia disminuía, entonces el silbido del viento se hacía más leve y formaba con la tos de la madre y el quejido del perro un trágico y angustioso concierto.

Por la mañana el primer halo de luz difusa que llenó el espacio, iluminó en la pieza de las dos mujeres, el rostro lívido de un cuerpo que había expirado.

La niña dudaba. ¿Era cierto? ¿Había muerto? Le hablaba y no le contestaba, la tocaba, la abrazaba y el contacto helado de la muerta le hacía estremecer las carnes. Salió horrorizada llamando a su hermano y le decía:

—Has visto, qué te dije yo? ... el aullido de los perros trae mal presagio!... ¡Nuestra madre ha muerto! ¡Nuestra querida madre! ¿Vos no lo sabías hermano, verdad? ¡Si me hubieras escuchado!

Y durante todo el día la niña no cesó en su lloro de repetir:

—¡Todo por el perro!... ¡Por ese perro!

Libros Recibidos

"Las vicisitudes de un médico argentino". — Guido y Blotti. (Prosa). — Buenos Aires, 1934.

Humberto Mariotti. — *"Poemas del Día".* — (Versos). — Editorial Ariel.

"Por la Salud Física y Mental del Pueblo". Angel M. Giménez. — (Problemas sociológico-sanitarios). Buenos Aires, 1933.

Alfredo L. Palacios — *"El socialismo argentino y las reformas penales".* — Colección de Ciencias Sociales de la Editorial "Claridad".

Spectator. — *"El despertar nacional alemán".* Ginebra, julio de 1933.

"Sombras sobre la tierra". — Francisco Espínola. — Edit. Argentino Uruguaya.

Museo de la Confusión

por

Anímula Vágula

ILUSTRACION DE RODRIGUEZ

★

El libro "Mucho Cielo", de A. Cambours Ocampo expende algunos poemas que sobresalen por un peligroso criollismo. El titulado "Prendido a un alero", que nos induce a imaginarnos a un gaucho, sujeto con un alfiler de gancho a un techo de dos aguas por tiempo indefinido, es uno de ellos.

Dice, entre otras cosas, lo siguiente:

"El gaucho de ahora maneja el arado con la misma destreza con que antes manejaba el facón".

Si es cierto lo que afirma el señor Cambours Ocampo, creo que poco provecho le van a sacar a la tierra los neo criollos dedicados a la agricultura. La destreza demostrada por el gaucho en el manejo del facón era bastante rudimentaria: todo consistía en sacarlo de la vaina, ejecutar dos o tres gambetas y poner, finalmente, en evidencia un cólon más o menos descendente o determinadas achuras. El facón no solía descomponerse; de ahí que resultaran innecesarias las recomendaciones al dorso y el que su adquisición viniera acompañada de un folleto explicativo o garantía por dos años. Tengo la esperanza que los antiguos motormen del cuchillo no se dedicarán en sus nuevas actividades a vistear con la trilladora, pelear a la partida con un tractor Fordson o sacarle punta a un palito con un arado de dos rejas, con la excusa de aprovechar la experiencia adquirida.

En otro lugar del poema dice, refiriéndose a un rancho:

"Viéndolo bien,
"Es poco espacio para tanto símbolo".

Reproche completamente injusto que el poeta le hace a la casa habitacin del gaucho. Ante todo, porque las viviendas, objetos, etc., deben tener las dimensiones que la práctica aconseja y que uno calza y no las correspondientes a un valor simbólico cualunque. Un rancho nunca puede extralimitarse hasta albergar dentro de él a todo un establecimiento con ganado vacuno y lanar, con montes circundantes y ríos limítrofes. Además, se correrá el peligro que para cerrar una ventana haya que acudir a la brújula, aprontar los trineos y mandar un chasque hasta la mesa de luz en busca de las zapatillas, las cuales, como también habrán adquirido un valor simbólico, ya serán dos pares de zapatillas, cosa imposible de usar.

En "Poema del pueblo nuevo" expresa Cambours Ocampo:

"Llegamos;
"Nuestra entrada es un abrir ventanas y cerrar comentarios".

No aconsejo a nadie este sistema de hacer visitas. Es preferible el antiguo, que consistía en abrir puertas y dar algunas explicaciones. Con el nuevo, de entrar por la ventana, a lo mejor tenemos la desgracia que a los moradores se les ocurra abrir comentarios, los cuales sólo podrán ser cerrados previo juicio por escalamiento y abuso de confienza.

En el poema "Casamiento en el pago" dice el poeta:
"Al galope del día,
"el caballo obscuro de la tar- [decita
"Se arrimaba al rancho".

Este caballo obscuro, que sólo ha de servir para saltar obstáculos, me parece una obscenidad, por lo inadecuado que resulta el que haya tenido que ensillar a otro espécimen para galopar y también por la incorrección que representa el abuso de equinos dentro de un rancho donde acaba de consignarse un matrimonio.

En la composición que a pesar de hallarse situado a medio libro se titula "Declaración Final", expresa a tambours batiente:

"Como un reloj de sol,
"por la felicidad estacionado en un eterno medio día".

El señor Ocampo, tan sereno y criollo en otras composiciones, ha profundizado demasiado sus conceptos en este poema con reloj de sol. De acuerdo a la teoría del poeta, la felicidad de un cigarrillo recién daría comienzo en el horno crematorio, el edén del paraguas estaría situado a tres mil metros bajo el nivel del mar y el triunfo definitivo de una bolita de naftalina sería conquistado sobrecargándola con 3 mil smokings sobre el nivel del mar. ¡Cómo se conoce que el señor Cambours Ocampo no es un reloj de sol, un paraguas, una bolita de naftalina y que ni siquiera es fumable!

★

En el libro Sur Atlántico, que dirige A. Cambours Ocampo, publicado en ediciones Letras, más bien Lepras, correspondiendo al poema Semblanza, hallé lo siguiente:

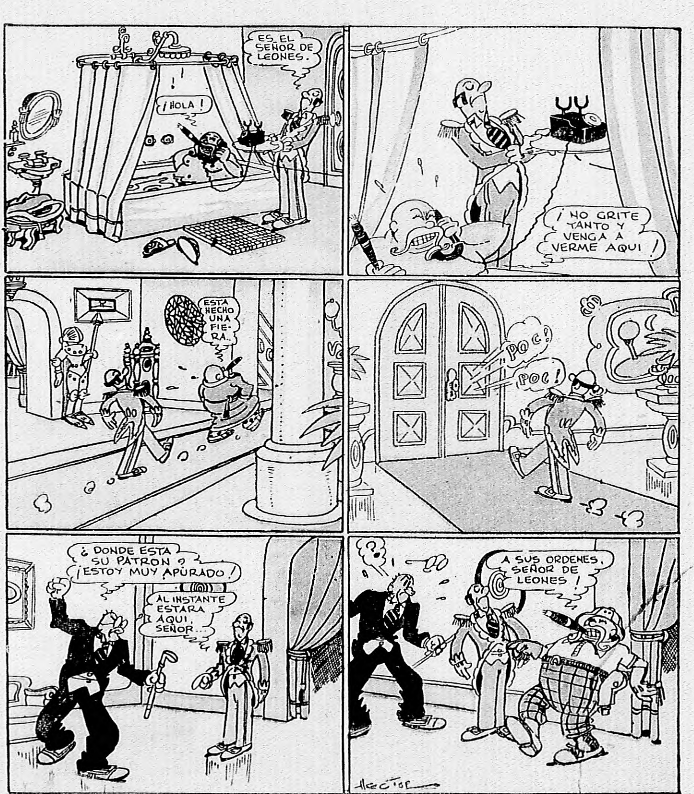
Claras virtudes tiene el extranjero para certificar nuestra vehemencia: humilde, como la mano de un mendigo que atraviesa los pliegues de la noche.

Poca experiencia poseo en materia de manos de mendigos, pero puedo declarar que las contadas veces que me he hallado a contramano con esa extremidad, he observado cierto acompañamiento de barbas, botines, indumentaria y cuerpo humano, todo lo cual se deslizaba en noches llenas y desplegadas. Sobre la humildad de esa palma numismática que se retuerce anhelando el dracma, los florines, el oro bizantino, los denarios de plata, los ducados y el bono-cupón guardo ciertas dudas. Este poema, semblanza, cuyo título más adecuado pudo haber sido Templanza, finaliza un poco tarde, como sigue:

Así es el extranjero, así su vida;
bandera que se clavó en América
tremolando colores de trabajo;
estandarte que lleva dibujado
sobre un fondo celeste y esme- [ralda,
una mujer y un niño junto a un [hombre,
que mirando bravío al horizonte,
tiene su cuerpo rústico apoyado
en la tranquila mansedad de la [alma
y en los tajos fecundos del arado.

Nunca me he dedicado a la construcción de estandartes, de insignias ni de emblemas, pero sugestionado por la fórmula del poeta intenté la reconstrucción de esa habitada bandera. Me costó algún trabajo al principio la tremolación de los colores, pero finalmente conseguí un adecuado fondo celeste y esmeralda; dibujé luego a la madre, al hijo y al italiano que los cobija y les hice apoyar el cuerpo en uno de los surcos más profundos del arado. Agregué el horizonte correspondiente y al contemplar el sainete mi desilusión fué enorme: ninguno de los inmigrantes por más bravío que estuviera, podía percibir el confín horizontal desde el tajo fecundo donde se apoyaba mezclado con semillas, carozos, bulbos y cáscaras de banana. No pudiéndome rendir, me mataron los Cambours.

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



Fiesta Negra

LA plaza que hoy llamamos de la Constitución estaba desde la mañana llena de un gentío patricio y pueblerino, vocinglero, inflamado de patriotismo. Se iba a jurar la primera Constitución de la flamante república y hasta en los pañuelos de seda se habían grabado los primeros artículos del código que iba a reconocer para siempre los derechos individuales. Está demás decir que los vasos lucían los retratos de los constituyentes, las figuras graves y patilludas de los señorones grabados ya para siempre en la historia.

La plaza está llena de gallardetes y banderas. En el Cabildo flameaba airosa la bandera oriental acompañada de la inglesa y la brasileña. Todo se preparaba para la tarde. A las seis aparecía el Presidente de la República, el cuerpo diplomático. Juan Lamas, el poeta inconstitucional, sentíase ya hastiado de tanto patriotismo en ebullición. Se encontró en la esquina de la plaza con su amigo Pedro Dorrego y frente al Cabildo saludaron a la bandera nacional.

—¿Vienes al baile de esta noche? —dijo el aristócrata Dorrego.

—No. Prefiero el baile de los negros. Allí me sentiré mejor...

A Pedro Dorrego, que era un aristócrata incontaminado, de los que no respiraban delante de un inferior de clase por no empañarse el aliento, le parecía aquella idea de Lamas de muy mal gusto. ¿Por qué iría Lamas al baile de los negros?

Pensó en una extravagancia de poeta y que todo lo podía ser tolerado. Siguieron caminando y atravesaron la plaza Constitución. En medio de la plaza se había erigido un estrado. La gente empezaba a congregarse. Las señoras, con sus trajes de miriñaque de polleras amplias, ocupaban casi todo el espacio disponible. Llevaban a los niños de arrastre. Aquellos niños serían los patriotas del futuro. En las graves expresiones se insinuaba un precoz procerismo. Eran niños tristes, con juegos limitados, circunspectos, imbuídos de aquella educación dosificada que prodigaban nuestras tatarabuelas. Los patricios, con sus galerones altos y sus patillas picudas, acompañaban a las señoras en la plaza. El viento frío que soplaba del mar no les alteraba para nada la tiesura. La línea recta era perfecta. Nuestros patricios rebosaban de civismo patriótico.

Lamas saludó a un viejo, feo como un mono, de espejuelos cabalgando en la nariz, encorvado, de expresiva sonrisa sardónica.

—¿Quién es? —preguntó Dorrego.

—Es Acuña de Figueroa.

Acuña de Figueroa era el poeta nacional. Era un símbolo de la patria. Había escrito la letra del himno nacional. En su juventud se había pasado a los españoles, después a los portugueses, después a los brasileños. Tenía versitos para todo el mundo. Para la señora de Oribe, para Rivera, para Pereyra, para Giró. Adulaba a los que estaban arriba y era el burócrata eterno, como su padre.

La noche del 18 de julio, en el caserío sobre el arroyo Miguelete, rincón de los negros, se iba a realizar la ceremonia coreográfica con que la raza de color contribuía a los festejos patrios. Los negros habían formado en los batallones que defendieron a Montevideo de varios ataques de fuerzas extranjeras.

Desde temprano el caserío se alborotó como un camoatí. La negra Francisca, vieja matrona del negrerío, sería coronada reina del candombe. La residencia limpia y rococó de la madrecita se llenaba de comadres.

—La bendición, ña Panchita, le pedían las negras jóvenes.

Y ella contestaba:

—Jesucristo sea loado.

El negro Isidoro —con el moterio blancuzco— sería coronado rey del candombe.

Los negros celebraban con este candombe extraordinario la libertad de vientres. El decreto del Poder Ejecutivo, lacónicamente, decía que en el territorio de la Banda Oriental ya nadie nacería esclavo; ni los negros, ni los hijos de los negros podrían ser propiedad de otros hombres, ni vendidos, ni arrendados. Para los copetudos constituyentes, aquel decreto carecía de importancia; el Presidente lo había firmado como uno de tantos, pero los negros querían demostrar a sus amigos que eran libres y con una fiesta candombera pagarles tan generosa dádiva.

Desde el atardecer empezó a llenarse la plaza del caserío de los negros sobre el Miguelete. Faroles de papel y banderitas colgaban mecidas suavemente por el viento. Iban llegando las negras viejas con sus trajes de colores, sus collares de cuentas, rojos, azules, amarillos; otros formaban los colores del flamante pabellón. Algunas negras llevaban un sol de platería que colgaba en medio de los senos frondosos.

Desde hace unas horas, un rumor cada vez creciente atruena y quiere romper el tímpano de la ciudad. Son los tamboriles vibrátiles con su ronco borocotó, los cencerros, los panderos, que gritan hasta la desesperación. Nunca se vió tanto negro por las barriadas de Montevideo! Los magises, los bangelas, luandas, molembos, representantes de todas las sectas, mezclados con mulatos, cuarterones, se entremezclaban con los guapos de los arrabales, la flor y nata del malevaje. Un sin fin de curiosos se van acercando a la rueda. Vienen de todas partes atraídos por el loco tronar de los tamboriles. Las sirvientas huyen de los caserones patricios, se atropellan, abandonan las cocinas para acudir al lugar del jolgorio ruidoso. ¡Un pedazo de Africa vibra en medio de la ciudad! El ruido crece ensordecedor, se amplifica, acusa un crescendo magnífico. El ritmo del candombe adquiere trazas de una locura orquestal, en que todo se contorsiona. Los vientres giran y rotan atraídos por el imán de la danza, los senos de las mulatas se mueven en ritmo dislocado. Los brazos se alargan en el aire, las piernas se caen. Los viejos van a la zaga de los jóvenes, las matronas pasan orondas y enhiestas. En medio se forman varias parejas, que danzan en dos en dos mirándose. Se miran cortesmente, se saludan. De pronto empiezan a mover los brazos agitadamente, las piernas avanzan en contoneos ágiles. Una rotación toráxica sacude a los bailarines, mientras el corro se forma alrededor. De pronto un gran silencio se hace. Cesan, se apagan los tamboriles. Han entrado el rey y la reina. El rey lleva una galera alta, levita de muaré, zapatos con hebillas, como los virreyes. La reina, una corona de papel pintado y miriñaque. Llevan una comitiva de lindas mozas. El rey y la reina se deshacen en saludos, reverencias magníficas, bendiciones. El candombe se ha detenido como por encanto, pero el rey, con su bastón, ha dado la orden de empezar; él será el director general de la danza.

Ahora todos se confunden en una locura colectiva; hay una promiscuidad general. ¡Es el candombe! El negro ha perdido el control de sí mismo y se entrega, fernético, a mandinga. Se ha integralizado en la danza, sintiendo el animismo salvaje, el llamado de la selva, la ancestralidad africana que emerge de la subconciencia. Se desarticula; los brazos y los pies se dislocan; todo se pierde en la ruidosa danza, que es confusión de miembros humanos, de gritos:

—Oiá, oiá, oiá, oiá

...Gritos que se prolongan, que se agudizan en la noche.
"Y en la tierra de balanco se cabó la depotima..."

ILDEFONSO PEREDA VALDES

El Fracaso del Odio

por

CARLOS MOOG

Ilustración de

GUEVARA



INCRUSTADOS en un silencio muy denso, allí estaban, mesa por medio, cara a cara.

El hombre sonriendo torvamente; la mujer, seria, casi triste.

El día acababa de evadirse. La mitad del cuarto deshacíase en una densa oscuridad. La amarillosa luz de las velas luchaba con la penumbra, en el resto de la habitación.

Quién primero agredió el mutismo que los enlazaba, fué él.

—Es necesario que arreglemos esto de una vez.

—No quiero otra cosa.

—Es imposible seguir así mucho tiempo.

—Poco tiempo te queda.

—¿Qué dices...?

—Uno de nosotros debe ser eliminado.

—¿Y bien...?

—Nada; que no seré yo ese que partirá.

La sonrisa del amenazado disfrazóse con una expresión áspera y agresiva. Construyó un amago de silbido, en el cual se soldaron las notas de una música viejísima y olvidada.

El eco de estos sonidos familiares, apenas desatado, se estiró en el aire y fué a golpear a la mujer con un recuerdo odioso e innoble.

Se levantó con brusquedad, volteando el banco en que se sentaba. Las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, recorrió con abiertos pasos el amplio perímetro de la habitación. Escondíase entre las sombras, para luego surcar el círculo de luz que desbordaba de la mesa al suelo, mientras maquinalmente silbaba en un tono muy menor.

A cada serie de notas, una remembranza desplomábase, con nitidez hosca y rotunda, en la conciencia de la mujer.

Precipitábase, en primer término, el recuerdo de un restringido pueblecito, muy distante allá hacia el Norte. Arrinconado entre montes agrestes y ríos tumultuosos, que se desvanecen entre orillas de una vegetación exuberante, lo componen pequeñas casas de adobe, viejas y ruinosas, y ranchos de paja y barro, derruídos y sucios.

Reveía, en seguida, dilatadas extensiones de campo, plantadas de gráciles cañas de azúcar. Un sol candente, al rojo, calcina con furia la plantación. A lo lejos, herméticos y hostiles como cárceles, los edificios del ingenio apresan en su interior una parte de los indígenas dedicados a la penosa faena de trabajar la caña. El resto, afuera, sucumbe gradualmente, derrengado por el calor y la fatiga de una jornada ruda e interminable.

Enfocaba, luego, un interior de rancho, harto miserable, en el que se advierte una desoladora falta de higiene.

Una muchacha — ¿ella? — silenciosa y muy reconcentrada en sí misma, cuida a un anciano palúdico. Mientras ayuda al viejo a tomar quinina, la decisión de huír, por cuyo pro y contra sostuviera agobiantes combates internos, va deviniendo rotundamente afirmativa. El rancho turbio y repulsivo, inhabitable, será abandonado; ella partirá hacia el ingenio a cumplir un trabajo brutal y aniquilador, que se desenvolverá en condiciones durísimas, pero que ha de transcurrir al lado de él, perspectiva que elimina toda indecisión.

Una multitud abigarrada de tobas, aymarás, churupíes y otros nativos, se agrupaba acto continuo dentro de su marco mental. Los rostros cobrizos y casi barbilampiños de los indígenas, de ordinario tan serenos e impenetrables, se encuentran singularmente alterados. Una honda excitación los hostiga en forma tan anhelosa y colérica a la vez, que les proporciona un aspecto impresionante. La plantación ha sufrido un cambio que la torna irreconocible. Filas enteras de cañas destrozadas. Sectores inmensos, aun humeantes, incendiados. Arboles arrancados de cuajo. Grandes piedras e incomprensibles trozos de hierro, traídos de quién sabe dónde, yacen en el suelo. Torpemente las sortean los indios, que van y vienen en desorden, silenciosos, con un brillo particular y temible en la mirada. El, a quien aguardan, no llega. La partida está perdida.

La lucha violenta y encarnizada, dentro del ingenio, entre los indígenas levantados y el regimiento que, a marchas forzadas, llegara para diezmarlos a balazos y con ayuda de bayonetas y machetes, ocupaba en seguida, con gran despliegue de figuras, el lugar de las anteriores escenas. Todas estas imágenes de destrucción y crueldad condensanse en una sola final. Ella, oculta en un apartado extremo de la plantación, transida de horror, tirada como un guiñapo sobre las cañas, rotas aquí, humeantes allá, contemplando la masacre con los ojos muy redondeados, trémula de miedo. Descargas ininterrumpidas, secas, inexorables. Fuego graneado, a cuyo ritmo siniestro los indígenas se derrumban con grotescas contorsiones, como muñecos de trapo despanzurrados. Aullidos de dolor en toda la gama del grito humano y, aún, bestial. El acre olor a pólvora desparramándose por el ambiente. Toda una visión mental de pesadilla, turbulenta, mareante, dura, que le dejaba un sabor agrio y triste, indefinible.

—¿Por qué procediste en una forma tan vil y miserable...?

El que paseaba no se dignó contestar. Encogió sus anchos hombros sin interrumpir el sincrónico silbido, que desenredaba los sonidos de siempre.

—Todos confiábamos en ti. Hubiéramos dado nuestras vidas por salvar la tuya, o preservarla de algún peligro.

La mujer lo miraba con intensidad. Cada frase que volaba de sus labios temblorosos de emoción, era la síntesis de un sentimiento desgarrador que se transmigraba en palabras.

—Y ahora me encuentro con que todo cuanto pienso y siento profundamente, a pesar de la vida terrible que he llevado en los últimos tiempos, corresponde a una realidad inexistente, traicionada por tí; destruída trozo a trozo con tus manos. ¿Te das cuenta de mi situación...?

—No te comprendo bien. Explícate mejor.

Se había sentado frente a ella y la contemplaba con curiosidad. Esa cabellera negra, esos ojos castaños, tan grandes, ese rostro moreno, que en un tiempo le fuera tan querido, ¿por qué le parecía todo tan distante, tan brumoso, ahora?

—¿Recuerdas cómo nos conocimos...?

—Sí; algo de eso tengo presente todavía.

—Hasta entonces había llevado una existencia nula por completo. Tenía quince años. Circunstancias que conocistes, obligaron a mi padre, viejo comerciante español, a internarse en la Argentina, pasando la frontera boliviana. En aquel pueblecito de Jujuy, cercano al inmenso ingenio en que trabajábamos, cayó enfermo de paludismo y tuvo que hacer un alto en su marcha. Nos quedamos allí.

El hombre proseguía examinándola, como si estuviera a mil leguas en el tiempo y en la distancia.

—Tres años pasamos en aquel conjunto de casas y ranchos que se derrumbaban lentamente. Cuando llegastes al pueblo, mi vida transcurría en un largo y afanoso cuidar del viejo. No conocía nada, no sabía nada, no pensaba nada. Entre tus manos cayó un trozo de materia enteramente maleable, muy dúctil. Tú llegabas del Perú y Bolivia. Traías en tú mirada un brillar impresionante y tus frases, completamente nuevas para mí, me arrojaron a un mundo original, y desconocido.

Como nacientes llamas comenzaban a chispear en la memoria de él algunos recuerdos que creía desterrados para siempre. Por primera vez habló con excitación y sin disimulos.

—Sí, sí; ahora me acuerdo perfectamente de mi entrada al pueblecito jujeño en que residías con tu padre, donde viví algún tiempo antes de emplearme como peón en el ingenio. Venía acorralado por una cólera violenta e implacable, renovada a cada tramo de mi larguísimo camino, ante el espectáculo que debía soportar y cuya contemplación hacía crispar mis puños de rabia impotente.

Una indignación antigua, muy muerta, pero ahora reviviente, le tironeaba las palabras hacia el interior, dificultando su hablar. La mujer le escuchaba inmóvil, fija la vista en el fuego nervioso de las velas semiconsumidas. Ahora expresábase él casi como "antes".

—El cuadro había sido el mismo, desde los lejanos rincones de que me desprendiera, distante millares y millares de kilómetros, hasta el insignificante pueblecito en que te hallé a tí. Padeciendo una miseria espantosa, agobiados por las peores enfermedades, siempre hambrientos, sufriendo constantemente, embriagados de alcohol de caña, o de coca, harapientos, incultos, miserables, por centenares de miles encontraba indígenas y más indígenas, que eran aprovechados o despreciados, en la forma más canallesca que hubiera podido concebir, por los blancos, nunca ahitos de crueldad y con una brutal falta de respeto por sus vidas.

La mujer sentía que la dureza de su mirada, último reducto de su odio, iba trizándose en mil puntos a la vez, como un cristal muy fino, al recibir ella las palabras vehementes del otro. Para eludir esta nueva caída, internóse en la incredulidad como en un refugio.

—Eso era lo que inventabas tú, al hablarme, para mantener vivo y cálido el estado de ánimo que ibas modelando en mí y que pensabas utilizar en tus proyectos ambiciosos. Pero todo eso que dices, jamás lo sentistes, y mientes ahora como antes.

El se quedó, de pronto, con las palabras quebradas entre los dientes, ante el insólito mentís. Luego la franqueza cinceló un brillo atrayente e intenso en sus pupilas.

—Estás en un gran error. Yo era entonces de una sinceridad absoluta. Mi paso por las grandes plantaciones, custodiadas por policías especiales armados a máuseres, bajo cuyo contralor morían de fatiga, abrumados por un trabajo bestial, los indígenas allí secuestrados; mis estadías en los pueblos en que el paludismo, la falta total de higiene, la carencia de alimentos y ropas, convertían aquello en lugares espantosos e insoportables, en los cuales la vida era un continuo tormento; los intentos de lograr trabajo en las grandes haciendas feudales, donde un régimen de hierro mide y determina cada deseo de los allí encerrados; el conocimiento de las tareas de las minas, enclavadas en las entrañas mismas de la tierra, de las que salen, después de quince horas de entierro, enceguecidos, encorvados, aniquilados, temblando de fiebre y aturdidos por la coca, los indígenas que allí son obligados a hundirse; estos cuadros alucinantes, de horror y terror, que llevaba incrustados en mi mente, eran los que me obligaban a hablarte como lo hacía, con íntima sinceridad, con lealtad completa.

Todos los sentimientos negativos de ella desmoronábanse en un crepúsculo definitivo. Y, a su pesar, las expresiones de él iban encendiendo, en seguida, muy dentro de su ser, una llamita temblorosa de esperanzas. Habló con naciente optimismo.

—Tus palabras me causaron una tremenda imbpresión. Tu indignación y su cólera fueron bien pronto las mías. Por eso cooperé con tantas energías en tus proyectos.

Un fulgor de gratitud destelló en la mirada del hombre, que divisaba a través de la ruta abierta en su recuerdo, los pasados esfuerzos de la mujer por ayudarlo.

—Sí. Mis deseos eran levantar a los indígenas de la plantación, apoderarnos de ella y luego lanzarnos a una gran sublevación de los millares y millares de nativos de los ingenios, las minas, las haciendas, los pueblos, que llevaban esa vida terrible de penalidades, privaciones, esclavitud y miseria, para dar fin a ella y entregarlos a su libre destino. El prestigio que adquirí bien pronto en la plantación en la cual trabajábamos, me alentó fuertemente. Creí que contando con una adhesión tan cordial y sincera, poco me costaría lograr atraerme la misma simpatía de todos los indígenas explotados.

Y tú me secundastes en una forma admirable. Fuistes un aliado valiosísimo, sin el cual poco hubiera hecho.

—¿Cómo no iba a secundarte en cualquier forma y a costa de todos los sacrificios imaginables, si lo que yo defendía era mi vida entera?

Estaba atrapado ya. Recién ahora podía orientarse a través de los caminos entremezclados y las encrucijadas que, desde que ella comenzara a hablar, veía abrirse y escindir, perplejo, ante su comprensión enturbiada por un olvido espeso.

La mujer seguía hablando y sus frases tornábanse duras, incisivas, hirientes.

—¿En qué paró el levantamiento descabellado que gestastes en momentos de ambicioso y canallesco desvarío...?

Concluyó con tu cobarde e infame fuga del ingenio, poco antes de la llegada del regimiento mandado para sofocar nuestra sublevación. Finalizó con la muerte terrible y desesperada de cientos de trabajadores insurrectos, que pagaron con su vida la confianza y la admiración que habían depositado en tí. Se extinguió en medio de los atroces castigos soportados estoicamente por otros cientos de indios que afrontaron la desgracia de salir con vida de la empresa en que los lanzastes, antes de traicionarlos. A éstos, los látigos de los capataces gringos, que bien sabes que no conocen la compasión, ni ningún sentimiento humano, les arrancaron lonjas enteras de piel ensangrentada. Los máuseres de los policías del ingenio les quebraron las piernas a la altura de las rodillas y los brazos a la altura de los codos. Los puños de los blancos descargaron en sus cuerpos y en sus rostros, toda la rabia inmunda y la venganza odiosa que a tí, sólo a tí, correspondía recibir íntegramente. Su mirada admitía otra vez la dureza del rencor. La voz era áspera, acusativa. Un crispamiento de desprecio torcía sus labios, tan rojos. Nerviosamente desenmadejó, otra vez, su primera pregunta.

—¿Por qué procediste en una forma tan ruin y miserable...?

Y luego, con redoblada acritud:

—Tú huíste en los momentos más críticos del levantamiento, cuando tu presencia era indispensable y cuando tu fuga implicaba la más tremenda catástrofe. A mí me libró de la muerte y de los tormentos físicos, el que descubrieran mi sexo. Pueden imaginar, como una consecuencia más de tu conducta, bajo qué condiciones compré mi liberación a la prepotencia desorbitada de los capataces vencedores y, sobre todo, a su desenfreno en esas noches en que celebraban su "triunfo" con tremendas borracheras de caña, y en las muchas que les siguieron por espacio de años.



La imaginación del hombre deambulaba por un mundo extraño, reciamente iluminado.

Comprendía. Comprendía, con lacerante exactitud, todo lo ocurrido y sufrido a lo largo de esa vida de ella, modelada por él, y por él echada a perder. Y habló angustiado.

—Fueron momentos de desesperante incertidumbre los que me acometieron cuando, iniciado el levantamiento e incendiada a medias la plantación, en los instantes en que íbamos a apoderarnos de los edificios del ingenio se nos informó que todo un regimiento, a marchas forzadas, con un terrible pertrecho de guerra, se precipitaba hacia nosotros dispuesto a ahogar la rebelión.

Una pequeña pausa entrecortó su voz.

—Reflexionando, la derrota ignominiosa apareció inevitable detrás de mis cálculos. Estábamos copados. Carecíamos de aliados. Apenas teníamos armas y balas. Tuve un instante de desesperada cobardía. Veía a los pobres indígenas ir y venir entre las cañas chamuscadas y rotas, como asustados por lo que habían hecho, depositando toda su confianza y su fe en mí, como su único salvador. Simulando efectuar un reconocimiento, tomé dos caballos, algunos alimentos, armas, y partí, anunciando mi pronta vuelta, que no se produjo.

No quería ocultarle nada. Con dolorosa lentitud, amarga y dulce a la vez, precisaba aquellos detalles que hasta entonces mantuviera abatidos en algún apartado refugio de su mente. Continuó hablando, como si arrancara pedazos íntegros de su ser y se los arrojara a ella.

Mientras recorría los pueblos de este continente y tropezaba con cuadros de miseria, explotación y crueldad, que me sublevaban sentimentalmente, creía en mis propias fuerzas y confundía mi indignación con verdadero coraje. Mientras trabajaba en el ingenio y preparaba, contigo, el levantamiento, ese sentimentalismo y esa indignación daban elocuencia a mis frases, y así podía persuadir a los indígenas y te convencía a tí, procediendo con entera sinceridad. Pero cuando hube de afrontar, sin vacilaciones y en un acto supremo de valentía y arrojo, la consecuencia más grave de mis preparativos, traté de razonar sin sentimentalismo, fríamente, lejos de toda indignación. Y ahí fracasé por completo. No me decidí a buscar la muerte, ni me atreví a presenciar el derrumbe estrepitoso de mis planes. Huí, abandonándolo todo.

La mujer no esperaba esta confesión, abierta y limpia.

La revelación la asediaba a ella ahora. Pero no en forma de iluminada ola que fulguraba en todos los ámbitos de su espíritu, sino como una capa densa de tinieblas que ahogaba cualquier esperanza y todo ínfimo destello de optimismo. Una vez más comprendía que el desastre de su vida era absoluto, tan absoluto como lo fuera el fracaso de la sublevación. Más aún, porque su odio, ya del toda vencido, era una nueva derrota para ella, derrota vergonzosa e inesperada que la acorralaba rotundamente en el desamparo de una vida muerta, sin contenido, sin perspectivas, sin ilusiones.

Un rayo plateado surcó como un diminuto meteoro un pequeño espacio del aire y cayó sobre la mesa con un ruido seco. Con profunda extrañeza se apoderó el hombre del cuchillo de hoja muy bruñida y mango de cuerno que la mujer había extraído de su cuerpo y arrojado sobre la mesa.

Ese cuchillo me acompañó en

—¿Qué significa esto?

todos mis viajes y lo destinaba a tí. Hasta hoy estaba decidida a destruír tu vida. Pero, hablando, algo se ha interpuesto entre nosotros, y mi pobre odio ha flaqueado y ha cedido, con la misma cobardía y ausencia de coraje con que tú cediste en el momento decisivo de tu vida, que lo era también el de la mía.

El hombre entendía todo, con desoladora claridad. Revolvía entre sus manos, con impotencia, muy distanciado de toda alegría, el arma, filosa y de buen temple.

Ella desgiosó sus últimas palabras:

—¿Qué fué lo que se interpuso? No lo sé con exactitud. Tal vez algún resto de amor, envuelto entre el torbellino de recuerdos que me han [illegible]. Posiblemente lástima, com[illegible]n, ante tu impotente cobardía y tu sentimentalismo inepto. Seguramente mucho desprecio por tu incomprensión y tu ceguera, que arruinaron mi vida. Quizás haya de todo eso y algo más. Lo cierto es que comprendo que me he distanciado mil años de tí y que mi odio se desmorona silenciosa y cobardemente, dejándome más vencida y aniquilada que nunca.

El hombre sintió que un puntazo frío le laceraba el pecho.

La mujer se abatió lentamente sobre la mesa, doblándose como si fuera un muñeco de trapo al que una mano invisible rompiera cruelmente.

La luz de las velas iba y venía despavorida, en un oscilar tembloroso que desfiguraba grotescamente el rostro agobiado del hombre.

Un gran silencio, un silencio helado, inquietante, descendía sobre las dos existencias fracasadas, para abrir sobre su derrota irredimible, su inmovilidad trágica.

La Doble Soledad

POR

Roberto A. Ortelli

Ilustración de PEDRO ROJAS

TENIA la absoluta seguridad, cuando emprendí viaje rumbo a Córdoba, de que encontraría en aquella ciudad a mi amigo de otra época, Gregorio Campos, a quien llamábamos Goyito, muchacho que tras una inesperada — para su familia — interrupción de sus estudios en la Facultad de Medicina de esta capital, de cuyo primer año no pudo salir jamás, habíase reintegrado al lugar de su nacimiento, dispuesto, al parecer, a cumplir el oscuro destino del empleado público. Esa decisión de Goyito había interrumpido, también, una amistad que conocía dos períodos distintos en sus modalidades pero idénticos en la delicada profundidad con que supimos llevarlos: el de la pura camaradería, íntima y noble, vivida para nosotros dos, compartiendo inquietudes y esperanzas, y el de sus amores. Fueron éstos, acaso, la causa de su reintegro a la ciudad natal. En sus copiosas confidencias, había motivos para cualquier suposición: en un momento temí que llegara al suicidio. Confiaba, sin embargo, en la base insobornable de practicidad que solía aparecer en él en los momentos de apremio. Y todo, en fin, terminó con ese viaje, la razón precisa del cual no llegué a reconocer nunca.

Producida la separación, la correspondencia fué espaciándose cada vez más. En ella, era visible un cierto fastidio y el afán de desprenderse, en cierta forma, de actitudes anteriores, como si tratara de abandonar un traje por otro. Me pareció descubrir una seria preocupación personal, en la que no deseaba la intromisión de nadie, ni siquiera la mía, y me propuse aguardar a que un viaje de cualquiera de los dos nos juntara de nuevo, y así, en contacto directo con su espíritu, indagar la fuente de su problema.

Durante el viaje, tuve oportunidad de arrepentirme de no haberle escrito, anticipándole mis proyectos. El hecho de no tener la seguridad de su dirección — hacía como 10 años que no nos escribíamos — no debió impedirme ese procedimiento, ya que, en caso de cambio, no le habría sido difícil al correo localizar el nuevo domicilio de Campos, cuya familia gozaba de notorio prestigio en aquella ciudad. Pero como siempre hallamos justificación a nuestras acciones — y hasta mérito, aun a las más canallescas — esa mía, que era simple, tuvo su justa recompensa en la artimaña de creer que yo también hallaría con facilidad el domicilio de Goyito, proporcionándome con ello el gusto de darle una sorpresa y de volver a ver sus ojos asombrados, tan claros, tan grandes, tan expresivos, tan ingenuamente humanos.

En una mañana gris, a hora muy temprana, hice pie en la estación cordobesa. En el andén, entristecido por el frío, sólo aguardaban algunas personas emponchadas que se defendían del viento amparándose en el vano de las puertas, y algunos pequeños harapientos se mezclaban a la confusión de changadores, sorteando sus gritos para alcanzar la dádiva del viajero, habitualmente generoso en esa actitud de todo viajero — cobardía acaso — alentado por la secreta intención de comprar la suerte de la ciudad cuyo suelo y cuyo misterio va a conocer.

★

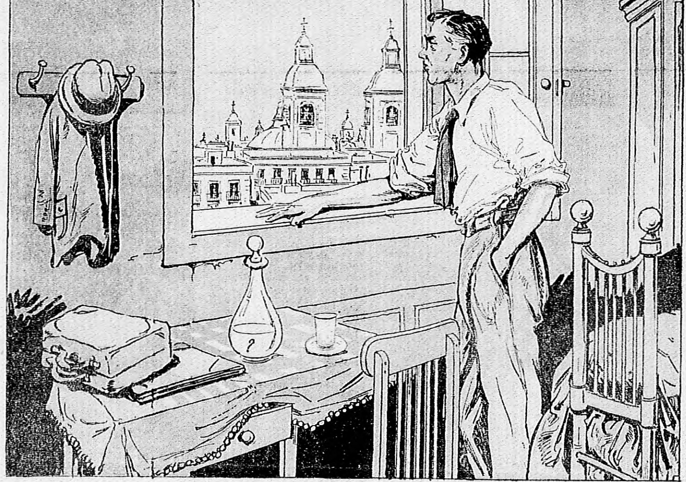
Según mis suposiciones, las señas de su domicilio eran conocidas. En el mismo hotel en que me alojé, obtuve la información precisa.

—El doctor Campos tiene su estudio en la avenida General Paz.

—¿Doctor? ¿Abogado? ¿El hijo del doctor Honorio Campos?

—El mismo, señor. Es abogado desde hace tiempo y tiene su estudio en la avenida General Paz. Pero vive con su familia en Unquillo. Además, ocupa un alto cargo en la administración... Usted lo comprenderá: aquí, en Córdoba, es necesario recibirse de algo.

Me quedé en el salón del hotel hasta las once de la mañana. Estuve gastando el tiempo en la contemplación del desfile de la actividad ciudadana, la que por momentos acusaba rasgos de dura expresión indígena, en el rostro y en los indumentos de algunos vendedores ambulantes. Pensaba en la visita que debía hacer a mi



amigo, y quería que ella tuviera todo el carácter de un acto puro y entero, que implicara todo mi cariño por ese muchachón cuyo recuerdo se unía al de la mejor época de mi vida y a cuyo lado fuí descubriendo, en horas fecundas, la secreta emoción de todas las cosas.

¡Goyito! ¡Las evocaciones que suponía este solo diminutivo! Nuestras andanzas por los círculos estudiantiles, las reuniones románticas en procura de la reforma universitaria, allá por el año 1920, el clamoreo revolucionario de las sesiones borrascosas de los centros, el aliento vigoroso y pujante que nos daba el ejemplo de los tribunos de la revolución francesa, cuyos discursos conocíamos de memoria y cuyas ideas plagiábamos sin remordimiento alguno... Y aquella otra parte, la de nuestras aficiones literarias, tímidamente expuestas, llevadas con dolor y con felicidad a través de la ciudad dormida, por sus calles desiertas, a altas horas de la noche, cuando el silencio y la soledad parecían unir nuestros corazones en una comunión segura.

¡Calles del barrio Norte!

Cafés, lecherías, plazas públicas, lugares de reunión en los que permanecíamos con sorprendida emoción hasta que el alba se anunciaba con los dedos rosados que ya le había descubierto Homero, hace dos mil años, acaso en análogas circunstancias. Y los amoríos en que fracasaba nuestro empeño por hundirnos en la pasión anhelada; y la relación detallada de la aventura que termina en una acción canalla; y el seco restallar de la adversidad familiar; y la emoción feliz de la bohemia altiva y decorosa; y los descubrimientos estéticos; y el abandono sucesivo de propósitos ingenuos en los que entregábamos, a girones, la ilusión...

A las 12 horas estaba de vuelta en el hotel. Me hice conducir directamente a mi habitación, de la que hasta entonces sólo conocía el número.

Había estado ya con Gregorio Campos.

Encontré las valijas en montón y apoyadas contra la pared, en una habitación pintada de blanco, con su cama, su mesita de luz y su ropero iguales a los de todos los hoteles baratos del mundo. Y con su misma frialdad deprimente. Todo viejo, todo mentido, todo mercantilizado. Era la habitación de nadie y de todos. De todos los que no tienen una habitación en el vasto mundo. Mentira esa cama matrimonial, mentira ese alto espejo rodeado de molduras, mentira esa mesita de luz con el botellón y copa, mentira esas litografías horrorosas que no pueden caber en el gusto de ninguna persona y mentira ese no logrado ambiente de comodidad, de arraigo, de cordialidad que pretendían la alfombra miserable y la pantalla hipócrita. Ni un libro, ni una estampa, ni un crucifijo, ni una rajadura en el cielorraso, ni una mancha en la pared, siquiera, que hablen de un sueño, de una pena, de un cariño, de una angustia, de una ilusión... ¡Farsa, engaño, fracaso!

¡Penetrante soledad de la habitación de hotel, que punza el cerebro y atraviesa el corazón! De repente, nos coloca en un mundo distinto. Nos separa de nuestra personalidad. Nos descubre sueltos en la inmensidad. Si nos acercamos al espejo, nuestra propia imagen será ridícula a nuestros mismos ojos. Una fatalidad hecha de miseria y de fracaso, descolora nuestro rostro y apaga nuestra mirada. La mano que se tiende, el oído que escucha, los labios que hablan: ¡mentira! Nada es nuestro. ¿Qué tengo que ver yo con todo esto que me rodea? Yo no elegí esa cama, ni coloqué esos cuadros, ni he conocido antes ese espejo que ahora me muestra en toda mi miseria, con mi cabellera ligeramente canosa en la esterilidad de una vida que reniega de su pasado y carece de destino, y con la mirada pesada de remordimientos y de angustias.

★

Había estado con Gregorio Campos. El también tenía la cabellera ligeramente canosa y la mirada vencida. Pero estos hechos no respondían, como lo comprobé en seguida, a ninguna situación espiritual. No tenía problemas. O no los sentía. Estaba encajado en su medio, perdido en la mediocridad dichosa. Acaso su pasado le molestaba, o, más bien, estaba sepultado. Sepultado en ese lugar recóndito de nuestra humanidad adonde el soborno de la vanidad no llega. Allí está la verdad, como la flor que crece debajo de un repollo. Puede permanecer oculta durante todo el resto de una vida. No sirve de nada mientras no se la ve. Y cuando se la descubre... ¡es mejor que muera bajo las hojas saludables del repollo! De ese modo, el valor aparencial de las cosas podrá ser tenido como valor absoluto. Y nosotros mismos, con regocijo de nuestra miseria redimida, podemos considerarnos absolutos. Ningún sobresalto, ningún atisbo insólito de aquella ingenuidad vigorosa de la juventud, alcanzará ya la zona consciente ni molestará este engaño provechoso. Acaso yazga asesinada o se reserve la última revancha de asomar a los ojos desesperados y a la conciencie en derrota, en la hora sin acústica de la muerte. ¡Para que sea más fría, para que sea más desolada, para que sea más dura la opresión terminal de la muerte!

★

Hermano distante, hermano desconocido: yo sé que existes. Dios no te ha puesto a mi lado en el momento preciso. Yo te necesité, te necesitaba todo mi espíritu, y te construí en la figura de mi amigo. Fuiste mi mejor obra. Estabas hecho sobre mentira pero estabas hecho a mi imagen y semejanza, como hizo Dios su mejor obra. Si El no me dió la compañía que era la otra mitad de mi verdad yo me la busqué, yo la levanté, modelada en barro, yo la hice andar y la puse a mi lado.

★

Abrí la ventana de mi habitación y contemplé brevemente la ciudad y su cielo. Cúpulas de viejas iglesias se recortaban sobre límpido azul. ¡Lo eterno y la aspiración más pura y dolorosa de conquistarlo! Sentí que corría por mis espaldas el frío húmedo y glorioso de los largos corredores abovedados de los conventos. Era un frío que, para mí, venía del fondo de las edades. ¡Sucesión de generaciones en una misma angustia, en parejo goce! El mismo movimiento de masas y de individuos, iguales trabajos, repetidas ilusiones, reiterados fracasos en el tiempo, un solo destino: fatigas bajo el sol y sueños al amparo suave de la luna. ¡Sortilegio de la comba celeste, en la noche de los siglos, siempre pura, siempre sedante! Siento la intimidad solidaria, la fraternidad exultante, de actitudes idénticas ocurridas en todos los tiempos. Espíritu humano, uno y diverso, encadenado a su irredención como Prometeo a la roca. Y yo en este extremo transitorio y fugaz del tiempo, con el corazón acongojado, ¡mi pobre y mezquino corazón de simple individuo en el tumulto de la humanidad!

Una tristeza muy profunda, síntesis de todo lo insobornable que se había conmovido en mí, me atravesó de pronto. ¡Gregorio Campos — ¡Goyito! — había sido mi hermano ideal! Sentí como si rezumara por mí toda la tristeza de una humanidad vencida en la búsqueda infructuosa de no sé cuáles destinos. Con la violenta claridad del relámpago, se me apareció una como explicación de los fracasos sucesivos, el engaño sistemático, el desencanto fatal, la carrera ciega hacia el caos: la esencia humana envilecida por un sensualismo mediocre. ¡Dichosos los griegos que contaban con todo un Olimpo bien poblado para descargar culpas humanas y miserias terrestres! Yo no puedo adjudicar a Dios la culpa de nuestra deserción de su seno; yo no puedo volverme contra la fuente de toda verdad; yo no puedo disminuir su absoluto: yo debo golpear mi pecho por mí y por mis hermanos e impetrar la gracia de mantenerme en la conciencia de mi culpa y de las culpas ajenas.

★

¿Con cuáles ojos me había mirado Gregorio Campos y cuál era la voz que escuché en su presencia? ¿Desde cuál edad me habló? ¿Palpitaba en su pecho el mismo corazón que le conocí? ¿Tuve ante mí, en ese momento, a su fantasma, o el verdadero fantasma suyo fué Goyito? ¿Qué leyes son las que gobiernan la intimidad del hombre? Quise, en un momento, hacer vibrar esa intimidad que Gregorio Campos no podía de ningún modo haber echado fuera de sí. Lo que había en mí de cariño, lo que decían en mi vida las actitudes gestadas y resueltas a su lado, aquel conjunto cálido que aun daba contenido emocional a mi existir porque fué lo más puro y lo más verdadero de mi ser, forzosamente debía residir en algún lugar recóndito de su persona. Pero no encontré nada. Y si era posible que él variara de tal modo; si Carlyle y Emerson y Ruskin no dejaron en sus ojos el asombro del espectador desprevenido ante el espectáculo maravillosamente renovado del mundo; si Dios había pasado a ser, en su cerebro, la fórmula que aleja el misterio de lo absoluto, el comodín indigno al servicio de la cobardía y de la falsedad; si ya nunca la mirada de una mujer llevaría a su corazón el mensaje puro y generoso de la naturaleza y el ejemplo de Ofelia, símbolo del sentimiento puro, no pondría un temblor reflexivo en sus pensamientos y en su carne, si la inquietud estética y la meditación filosófica — la llama finísima de su espíritu — no estimularían su ansia vital hacia una perfección distinta de la que nos ofrece el mundo; si era posible que se anegara en esta mentira hasta convertirse en su instrumento y se gozaría tan sólo con la medida material de los hechos: entonces él, él que había sido como yo, ¡él me había engañado y mis recuerdos mejores eran una mentira porque no fué cierta la emoción que los gestó y la vibración con que fueron vividos!

Su fracaso era el mío.

Las Alpargatas Rojas

(J. BUNIN: Premio Nobel, 1933).

NEVABA muy fuerte desde hacía cinco días. En la blanca y fría calma de la granja reinaban semiobscuridad y una gran pena: estaba muy enfermo el niño.

Tenía mucha fiebre, deliraba y, sollozando, suplicaba que le diesen unas alpargatas rojas.

La madre, quien no se separaba de su camita, también lloraba amargamente de temor por el niño y por su propio estado desesperante.

¿Qué hacer? ¿Cómo aliviarlo?

El esposo estaba muy lejos, de viaje; los caballos de la granja eran malos; el hospital y el médico, a la distancia de treinta leguas. Y no se animaría a ir ningún médico tan lejos en un día como éste.

Se oyó un golpe en la puerta. Era Nefred, el sirviente, quien trajo leña para la estufa: la dejó caer al suelo, respirando con dificultad, exhalando la fragancia de frío y nieve.

Entreabrió la puerta del dormitorio, y dijo en voz baja:

—¿Cómo sigue el niño, señora? ¿Está algo mejor?

—¡Oh, no, Nefred! Parece que no resiste más; temo que no sobreviva la noche.

Su voz se cortó por los sollozos; luego agregó:

—Duele el alma oírlo; se queja siempre, y cuando vuelve en sí pide unas alpargatas rojas.

—¿Alpargatas rojas? ¿Qué alpargatas son, señora?

—Dios lo sabe... Tiene mucha fiebre... delira...

Nefred, estrujando en sus manos el gorro, quedó pensativo. Su gorro, la barba, la vieja "schuba" (sobretodo forrado con piel) y las gastadas botas de fieltro estaban cubiertos de nieve.

Dijo de repente, tranquilo y fríamente:

—Entonces hay que conseguírselas; ya que su alma lo exige, hay que conseguírselas...

—Pero, ¿y cómo conseguir? ¿De dónde?

—Hay que ir hasta el pueblo, hasta Neveselky; allí se puede comprarlas a cualquier campesino, y pintarlas con anilina no sería un gran trabajo.

—¡Qué estás diciendo, Dios mío! Hasta el pueblo hay más de seis leguas. ¿Cómo llegar hasta allí en esta tormenta de nieve?

Nefred pensó un rato:

—No importa; voy a ir... Ir en un coche no es posible, pero a pie se puede llegar... La tormenta me dará en la espalda... Se puede llegar... ¡cómo no!...

Y después de cerrar cuidadosamente la puerta, salió. Entró en la cocina y, sin decir una palabra a nadie, se puso encima de la "schuba" la angarina, apretó más fuerte el cinturón, tomó el rebenque y salió.

Atravesó el patio casi ahogándose en este mar de nieve, llegó hasta la puerta y desapareció en el blanco océano de la estepa.

El tiempo avanzaba muy despacio; el día parecía interminable. Llegó la hora del almuerzo y luego el largo crepúsculo invernal.

Nefred no volvía. Resolvieron que se había quedado a dormir en el pueblo: generalmente en un tiempo como éste no era posible aventurarse a salir para llegar antes de la caída de la noche.

Había que esperarlo al día siguiente, y no antes del almuerzo.

Y debido a su ausencia, la noche parecía más horrorosa todavía.

El viento silbaba en las chimeneas y daba miedo el solo pensamiento de cómo estaría ahora la estepa, el abismo de nieve, de frío, de obscuridad.

La vela de sebo ardía con su luz temblorosa y sombría. La madre la puso en el suelo, tras el respaldo de la cama. El enfermo estaba en la obscuridad, y la iluminada pared le parecía arder por los reflejos y sombras que formaban imágenes hechiceras y terribles.

De tiempo en tiempo el niño volvía en sí, empezaba a quejarse, a llorar y, sollozando, suplicaba casi conscientemente que le diesen las alpargatas rojas que tanto anhelaba.

—Mamita, mamita querida, dámelas... dámelas, qué te cuesta...

Y la madre caía de rodillas y murmuraba:

—¡Dios mío, ayúdame, defiéndenos!...

Cuando por fin llegó la mañana y aclaró se oyó tras la ventana, a través del silbido de la tormenta, claramente, no como durante toda la noche, que alguien se acercaba a la casa: se oyeron voces y luego un siniestro golpe en la ventana.

Eran los campesinos, que traían un cuerpo muerto, blanco, helado, todo cubierto de nieve, tirado, inerte, el cuerpo de Nefred.

Los campesinos volvían de la ciudad, y toda la noche erraban por la estepa. A la madrugada se encontraron en un lugar desconocido: casi se ahogaron en la nieve, junto con el caballo, y ya se creían perdidos por completo, lejos de toda vivienda, cuando de repente notaron un par de botas de fieltro que sobresalían de la nieve. En seguida empezaron a cavar la nieve, levantaron el cuerpo y reconocieron al muerto.

—Sólo él nos salvó — decían los campesinos —; comprendimos, pues, que estamos en el camino y que en la montaña, distante unos pasos de nosotros, estaba el pueblo...

En el pecho de Nefred encontraron un par de alpargatas y un frasco de anilina roja.

POR IVAN BUNIN

Ilustración de PARPAGNOLI

★ El Incendiario ★



POR

Marcel Schwob

ILUSTRACION DE GÜIDA

★

LA ciudad de Efeso, donde nació Erostrato, se extendía en la embocadura del Caystre, con sus dos puertos fluviales, hasta los muelles de Panorma, desde donde se veía sobre el mar profundo, la línea brumosa de Samos.

Entre la montaña de Prion y una alta ladera escarpada, se percibía, sobre el borde del Caystre, el gran templo de Artemisa. Habían sido necesarios ciento veinte años para construirlo. Pinturas ornamentaban sus cuartos interiores, cuyo techo era de ébano y ciprés. Las pesadas columnas que lo sostenían, eran de minio. La sala de la diosa era pequeña y oval. En el centro, se levantaba una piedra negra prodigiosa, cónica y luciente, marcada de signos lunares, que representaba a Artemisa. El altar triangular estaba también tallado en piedra negra. Otras mesas, hechas de losas negras, estaban agujereadas por huecos regulares, para dejar correr la sangre de las víctimas. En las paredes colgaban largas cuchillas de acero, con el mango de oro, que servían para abrir las gargantas. La gran piedra sombría mostraba dos senos duros y puntiagudos. Tal era Artemisa, la de Efeso. Su divinidad se perdía en la noche de las tumbas egipcias, y era preciso adorarla según los ritos persas. Poseía un tesoro encerrado en una especie de colmena pintada de verde, cuya puerta piramidal estaba erizada de clavos de bronce. Allí, en medio de los anillos, las grandes monedas y los rubíes, yacía el manuscrito de Heráclito, que había proclamado el reino del fuego. El filósofo lo había depositado en persona en la base de la pirámide, mientras la construían.

La madre de Erostrato era violenta y orgullosa. No se supo nunca quién era su padre. Erostrato declaró más tarde que era hijo del fuego. Su cuerpo estaba marcado, bajo la tetilla izquierda, con una luna creciente, que pareció inflamarse, cuando lo torturaron. Los que asistieron a su nacimiento predijeron que estaba sujeto a Artemisa. Fué colérico y permaneció virgen. Su rosctro estaba corroido por líneas oscuras y su piel era negruzca. Desde la infancia le gustó permanecer bajo la alta ladera, cerca del templo de Artemisa. Miraba pasar las procesiones y las ofrendas. A causa de la ignorancia en que estaba acerca de su raza, no pudo llegar a ser sacerdote de la diosa a la cual se creía destinado. El colegio sacerdotal debió prohibirle varias veces la entrada al templo, donde él esperaba levantar el velo precioso y pesado que cubría a Artemisa. Sintió odio y juró violar el secreto.

El nombre de Erostrato le parecía que no era comparable con ningún otro, así como su propia persona se le figuraba superior a toda la humanidad. Deseaba la gloria. Al principio se dedicó a los filósofos qeu enseñaban la doctrina de Heráclito; pero ellos no conocían la parte secreta, puesto que ella estaba encerrada en la pequeña celda piramidal del tesoro de Artemisa. Erostrato conjeturó solamente la opinión del maestro. Se endureció en el desprecio de las riquezas que le rodeaban. Su asco por el amor de las cortesanas era extremo. Se creyó que reservaba su virginidad para la diosa. Pero Artemisa no tuvo piedad de él. Pareció peligroso al colegio de la Gerosia, que vigilaba el templo. El sátrapa permitió que lo exilaran a los suburbios. Vivió en el flanco del Koresos, en una gruta cavada por los antiguos. Desde allí, durante la noche, espiaba las lámparas sagradas del templo de Artemisa. Algunos piensan que los persas iniciados acudían a conversar con él. Pero es más probable que su destino le fuera revelado de golpe.

En efecto: confesó durante la tortura que había comprendido de pronto el sentido de la palabra de Heráclito, "la ruta del alto", y por qué el filósofo había enseñado que el alma mejor es la más seca y más inflamada. Atestiguó que su alma, en ese sentido, era la más perfecta, y que él había querido proclamarlo. No dió otra causa a su acción que la pasión de la gloria y el júbilo de sentir proferir su nombre. Dijo que tan sólo su reino hubiera sido absoluto, puesto que no se le conocía padre y Erostrato habría sido coronado por Erostrato, que era hijo de sus obras, y que su obra era la esencia del mundo: que de este modo él hubiera sido conjuntamente rey, filósofo y dios, único entre los hombres.

El año 356, en la noche del 21 de julio, no habiendo salido la luna, y habiendo adquirido una fuerza inusitada el deseo de Erostrato, éste resolvió violar la cámara secreta de Artemisa. Se deslizó por la montaña hasta la ribera del Caystre y subió los escalones del templo. Los guardas de los sacerdotes dormían cerca de las lámparas santas. Erostrato tomó una y penetró en la cámara.

Un fuerte olor a aceite de nardos se exhalaba en el interior. El óvalo de la cámara estaba dividido por una cortina tejida de hilo de oro y de púrpura, que ocultaba a la diosa. Erostrato, anhelante de voluptuosidad, la arrancó. Su lámpara iluminó el cono terrible de senos derechos. Erostrato lo tomó con las dos manos y besó ávidamente la piedra divina. Después dió la vuelta, y apercibió la pirámide verde, donde estaba el tesoro. Tomó los clavos de bronce de la pequeña puerta, y la abrió. Sumergió sus dedos entre las joyas vírgenes. Pero no tomá más que el rollo de papiro donde Heráclito había escrito sus versos. A la luz de la lámpara sagrada los leyó y conoció todo.

En seguida gritó:

—¡El fuego, el fuego!

Se acercó a la cortina de Artemisa y aproximó la mecha ardiente a su parte inferior. El tejido ardió al principio lentamente; después, a causa de los vapores de aceite perfumado de la cual estaba impregnada, la llama subió, azulada, hacia el techo de ébano. El terrible cono reflejó el incendio.

El fuego se enredó en los capiteles de las columnas, se arrastró a lo largo de las bóvedas. Una a una las placas de oro dedicadas a la poderosa Artemisa cayeron de lo alto sobre las losas. Después el haz fulgurante estalló sobre el techo e iluminó la alta ladera. Las tejas de bronce se fundieron. Erostrato se alzó en la claridad, clamando su nombre en medio de la noche.

Todo el templo de Artemisa fué un montón rojo en medio de las tinieblas. Los guardas apresaron al criminal. Lo amordazaron para que terminara de gritar su propio nombre. Fué tirado al subsuelo, amarrado, durante el incendio.

Artajerjes, en seguida, envió la orden de torturarlo. No quiso confesar sino lo que ya ha sido dicho. Las doce ciudades de Ionia prohibieron, bajo pena de muerte, transmitir el nombre de Erostrato a las edades futuras. Pero la murmuración lo ha hecho llegar hasta nosotros. La noche en que Erostrato abrasó el templo de Efeso, vino al mundo Alejandro, rey de Macedonia.

Viñoleanas

El borracho es el único caballero de una sensibilidad tan exquisita, que para no estropearlo contempla la vida como ella se merece: borracho.

★

¿Qué dirán aquellos sordos que cursaron el Colegio Nacional y en instrucción cívica aprendieron que todos somos iguales?

★

Es posible que ese señor gordo a quien veo siempre en automóvil de cuatro puertas, no sea culpable del infortunio en el cual veraneo, pero nadie lo ha de salvar, de que yo piense, que muriéndose, la humanidad disfrutaría de más oxígeno.

★

El milenario odio que los peluqueros tienen a los calvos, es el único odio que he visto ejercitar con más fundamento, porque los pelados están en el mundo con el fin exclusivo de arruinar un gremio.

★

En provincias los jueces serían llenos de honradez; lástima que los sueldos estén tan atrasados.

★

En la planta urbana se pasan mil privaciones para que a nuestra muerte un lechuguino nos espectore un discurso copiado.

Las cosas hay que hacerlas como se piensan, sin hacerlas pasar por la pasteurizadora; fijémonos en que cuando la naturaleza hizo la vaca, todavía no estaba confeccionada la cacerola.

★

La única alegría que proporciona la vida en sociedad, es saber que aquellos canallas que nos difaman, se están envejeciendo y arrugando con nosotros.

★

Que los estadistas no saben sumar lo atestigua este porcentaje de ciudadanos que se mueren de hambre.

★

Si yo también no fuera un poco canalla, no tendría con quien conversar la mayoría de las veces.

★

El ejército es un triunfo de sastrería. Si a los generales se les obligara a vestirse con traje de guarda de la compañía Lacroze y se les tocara el tambor, se me ocurre que no caminarían tan garbosos como lo hacen en los desfiles.

★

Son mentiras que los golpes perfeccionan; con ir a la cocina y ver las cacerolas, basta para destruir esta trampera filosófica.

★ Por Omar Viñole ★

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim

AHORA LES VOY A CONTAR TODO, LO QUE SUCEDIÓ.
NO ES NECESARIO. YA LO SABEMOS.



































